

PABLO PARELLADA

ASÍ PREDICABA DIEGO

COMEDIA

en tres actos y en prosa, original



Copyright, by Pablo Parellada, 1920

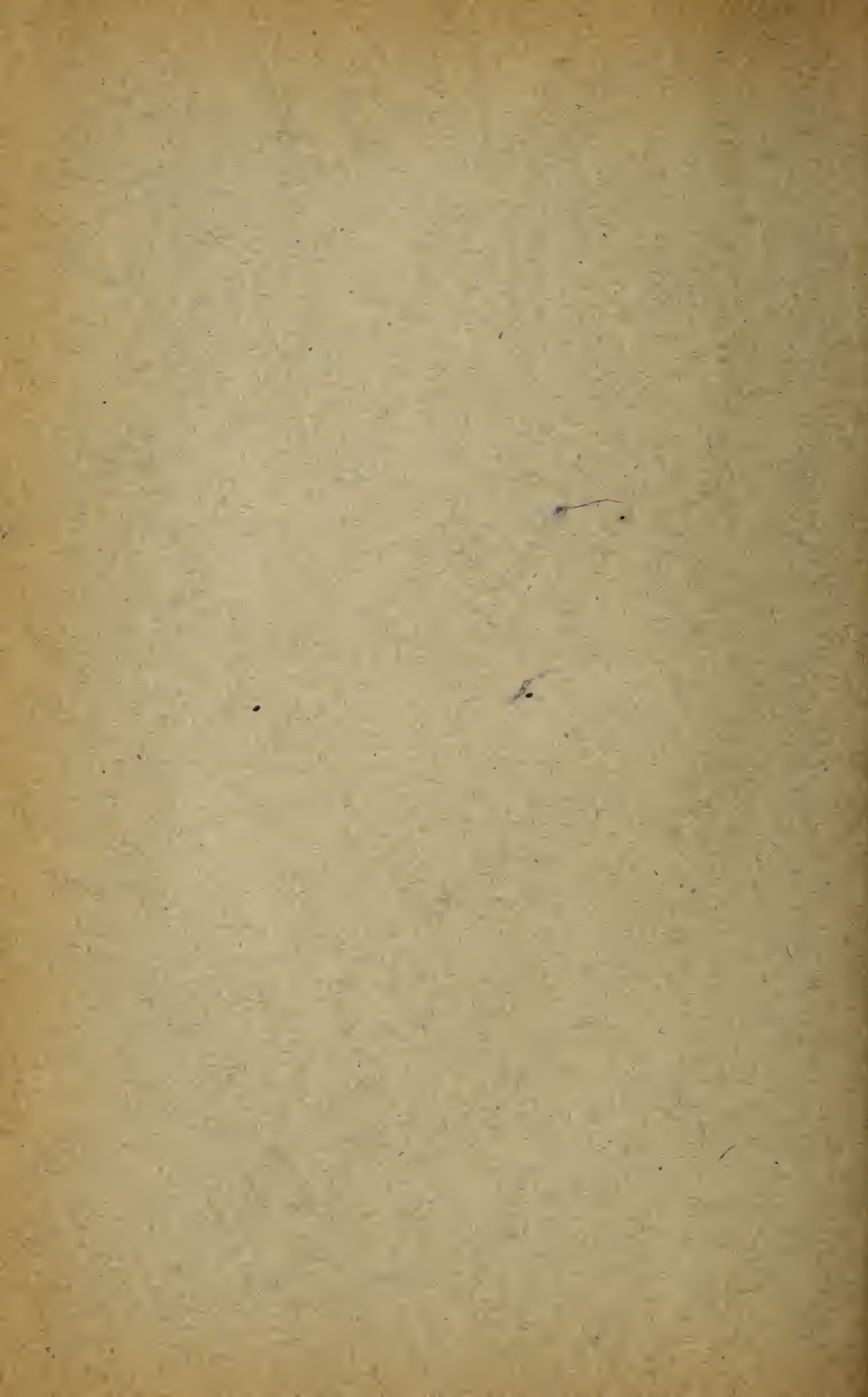
MADRID

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

Calle del Prado, núm. 24

1921

4



ASÍ PREDICABA DIEGO

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ASI PREDICABA DIEGO

COMEDIA

en tres actos y en prosa

ORIGINAL DE

PABLO PARELLADA

Estrenada en el TEATRO INFANTA ISABEL el día 16 de
diciembre de 1920



MADRID

R. Velasco, Impresor, Marqués de Santa Ana, 11 dup.º

TELÉFONO, M. 551

1921

A mi queridísimo amigo D. Carlos Saco
del Valle que, siendo dueño de un almacén
de música, presenció alguno de los hechos
que figuran en esta comedia.

El Autor.

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

LIDA GONZÁLEZ (30 años).....	María Gámez.
FELISA (17 íd.).....	Blanca Jiménez.
MERCEDES ARRIGOITIA (18 íd.)..	Carmen Posadas.
GASPARA (35 a 40 íd.).....	Nieves Suárez.
DOÑA ASUNCIÓN (40 íd.).....	Juana Manso.
ENRIQUETA (25 íd.).....	Isabel Plaza.
SARA LEONARDINI (25 íd.).....	Milagros Toldos.
SIMONA (25 íd.).....	María Rey.
MISS PRUDENCIA.....	Concepción Bermejo.
SEÑORITA LIBORIA.....	Lydia Medrano.
DIEGO (20 años).....	José García Aguilar.
DON CLAUDIO GARCÍA (50 íd.)..	Pedro Sepúlveda.
TARASIO (45 íd.).....	Francisco Alarcón.
CONDE SCARLATTI (45 íd.)	Pascual Rodrigo.
GAUDENCIO.....	Antonio del Pino.
PRÁXEDES DE BINABURO (20 íd.)	Francisco Pierrá.
BUSQUETS.....	José Calle.
CRIADO.....	Faustino Cornejo.
UN REPARTIDOR DE PROGRA-	
MAS (no habla).....	José Simó.

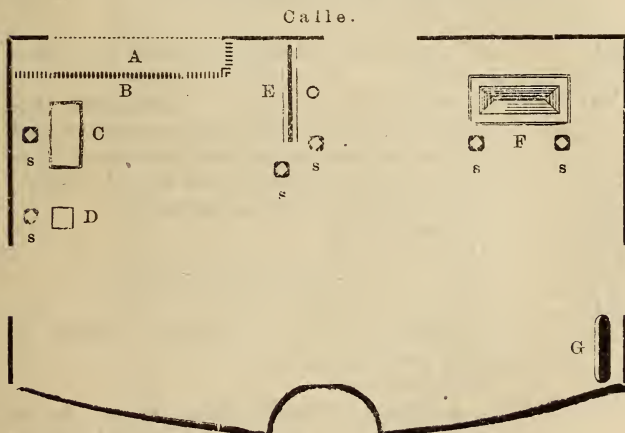
La acción en una capital de provincia española
Epoca actual

Indicaciones, del lado del actor



ACTO PRIMERO

PLANTA DEL PRIMER ACTO



A=Escaparate.

B=Varilla metálica de la que pende cortinilla roja a la altura de una persona, y puede descorrerse.

C=Pequeño despacho con barandilla en lo alto.

D=Mesita con máquina de escribir.

E=Piano.

F=Mesa o pequeño mostrador.

G=Aparador, armario o estante.

s s=Sillas.

Almacén de música en planta baja. A la derecha, puerta que da a la escalera que conduce a los pisos superiores en uno de los cuales habita don Claudio, dueño de la tienda, y familia. Al frente,

puerta vidriera, entrada de la calle, con papeles de música impresa colgados en ella. Al frente, derecha, gran escaparate con papeles de música, panderetas, guitarras, castañuelas y otros instrumentos. A la izquierda, puerta que comunica con el almacén de pianos. Estantes con paquetes de música impresa. Algún gramófono. Mesita con máquina de escribir, papel, cartas, etc. En el mostrador, frasco de goma y pincel. Teléfono acústico cerca de la puerta de la derecha. Cuadros con los retratos de Mendelssohn, Wagner, Mozart, Verdi y otros músicos célebres. Un cartel de gran tamaño, en colores, modernista, anunciador de alguna fábrica de pianos. Otros carteles anunciadores de las fábricas de discos «Odeón» y «Gramophón». Es de día. Mes de Mayo.

ESCENA PRIMERA

DON CLAUDIO y FELISA

- FEL. ¿A nombre de quién? (Se dispone a escribir a máquina.)
- CLAU. A don Serapio Villarroel, Calatayud. (Está detrás del mostrador. De un paquete del estante saca una pieza de música que arrolla y envuelve en un periódico sobre el que pega un trozo de papel blanco.)
- FEL. «Calatayud». (Después de escribirlo.)
- CLAU. Muy señor mío.
- FEL. «Mío».
- CLAU. No me es posible facturarle el piano...
- FEL. «Piano».
- CLAU. ...mientras no se solucione la huelga de peluqueros...
- FEL. «Peluqueros».
- CLAU. ...a los que, por solidaridad, se han unido los carpinteros y ebanistas y los del tránsito rodado...
- FEL. «Rodado».
- CLAU. Suyo afectísimo...
- FEL. ¡Ay!
- CLAU. ¿Qué pasa?
- FEL. Que he puesto huelga sin hache.
- CLAU. Es igual; ahora todo se declara en huelga, hasta la Gramática.
- FEL. «Afectísimo».
- CLAU. Que le e, la eme ..
- FEL. «La eme».
- CLAU. Esta goma no pega. (Mira el frasco al trasluz.) Como que esto no es goma.

- FEL. Pues yo en la droguería pedí goma arábica en polvo.
- CLAU. Y como pediste goma, te largaron yeso.
- FEL. ¿Yeso?
- CLAU. Sí, señor; y tú tienes la culpa.
- FEL. ¿Yo?
- CLAU. Tú, por no haber tenido presente la época en que vivimos.
- FEL. No comprendo.
- CLAU. Hoy, al que pide aspirina, le despachan bicarbonato; al que pide bicarbonato, le largan goma arábica en polvo; al que pide goma arábica, le soplan yeso; y el yeso apenas fragua porque lo mezclan con polvo de la carretera.
- FEL. ¿De modo que, para conseguir un género, hay que pedir otro de mayor categoría?
- CLAU. Sí, señor. Dichosos los comerciantes, de mucha conciencia, porque ellos compran casas y automóviles.
- FEL. Usted también vende y puede tomar el desquite.
- CLAU. Estás muy equivocada, Felisa: al que entra a comprarme la marcha de *Tannhauser*, no le puedo dar el timo largándole *La Marinela*; ni al que me pide una ocarina le puedo endosar un puchero de Alcorcón. Unicamente en los almacenes de música estamos impossibilitados de dar gato por liebre; de usar el el kilo de tres cientos gramos, y de meter el metro en nieve, para que con el frío sea más corto. Yo te aseguro que mis hijos venderán bacalao.
- FEL. ¿Qué se contesta a la casa Dotesio de Madrid?
- CLAU. Que el cajón que hace dos meses nos facturó en gran velocidad, no ha llegado todavía. (Felisa escribe a máquina.)

ESCENA II

DICHOS, por el foro PRAXEDES

- PRAX. Buenos días.
- CLAU. Muy buenos.
- PRAX. Esto es almacén de música, ¿verdad?
- CLAU. Verdad.

- PRÁX. ¿Usted... será el dueño?
- CLAU. No lo seré: lo soy.
- PRÁX. Habrá usted oído hablar de Arsenio de Binaburo...
- CLAU. ¿Arsenio de Binaburo?
- PRÁX. Sí, señor.
- CLAU. No conozco ese medicamento.
- PRÁX. No es medicamento: es mi papá.
- CLAU. ¿Su papá?
- PRÁX. Secretario de Juntas y comisiones para celebrar hechos históricos y para traslación de restos de muertos ilustres. Yo acabo de llegar de Madrid porque he sido nombrado director del Museo provincial de esta población, con cuatro mil pesetas anuales.
- CLAU. Si aquí no tenemos Museo provincial.
- PRÁX. Ya lo sé, pero por si alguna vez lo hay.
- CLAU. ¿Y en qué puedo servirle?
- PRÁX. Verá usted: yo no soy músico de profesión, pero lo soy de nacimiento, porque, al mes de nacer, ya me revelé como músico.
- CLAU. Nació usted con lo que llamamos intuición musical.
- PRÁX. Sí, señor; al mes de nacer, mi mamá salió conmigo a misa en Alcalá de Henares; era misa de tropa de Caballería, y al momento de alzar y tocar marcha la banda de trompetas, rompí a llorar y cogí una perra tan escandalosa, que el capitán que mandaba la tropa se volvió a mi mamá y la dijo: «Este niño va a tener un oído privilegiado; será un gran músico.»
- CLAU. Y tenía razón el capitán, porque, lo mismo que con usted, ocurrió con Verdi cuando su mamá salió a misa.
- PRÁX. ¿De modo que yo?...
- CLAU. Así como hay quien tiene los demonios en el cuerpo, usted tiene *Verdi* en su interior y no lo ha expulsado todavía.
- PRÁX. Pues, bien; yo deseo comprar una pieza de música preciosa, una divinidad, pero no sé si usted la tendrá.
- CLAU. Yo tampoco lo sé mientras no me diga usted cómo se titula.
- PRÁX. El caso es que ignoro el título; lo único que recuerdo es que hace un año la oí en el teatro Real de Madrid; es decir, no sé si fué en el Real o en la banda municipal de Zamo-

ra; no, no: en la banda municipal, en la banda municipal; es decir, no sé si fué en la banda municipal o en un piano de manubrio; no, no: en un piano de manubrio, en un piano de manubrio.

CLAU. ¿Sabe usted tararearla?

PRAX. Ya lo creo; soy un fonógrafo.

CLAU. Venga a ver.

PRAX. ¡Tarararí!... (Procura recordarla,) ¡Tarararí!...

CLAU. Eso es bonito, pero no me da idea.

PRAX. ¡M...! ¡Mecachis! Ya se me fué. Y vea usted qué cosa más extraña. Todas las mañanas, así que me despierto, la canto de cabo a rabo, pero, en cuanto me lavo y me visto, se me va.

CLAU. Lo mismo le sucedía a Beethoven.

PRAX. No sé qué hacer.

CLAU. Hay dos soluciones: Una, que vuelva usted mañana sin lavarse y sin vestirse, pero como no es cosa de que venga usted en calzoncillos... Vaya usted a ver a don Venancio, el dueño del almacén de música que hay en la plaza Mayor; sabe tocar el piano; en su tienda tendrá de tres a cuatro mil obras musicales; va tocando desde la primera hasta la última, y, en llegando la de usted: Alto; esa es.

PRAX. ¿Y cree usted que don Venancio será tan amable?

CLAU. Es lo que hace con cuantos están en el caso de usted.

PRAX. Pues allá voy. Práxedes de Binaburo, a su disposición. (A Felisa.) Práxedes de Binaburo...

CLAU. Sí, ya lo ha oído...

PRAX. Adiós. (Vase foro, calle.)

CLAU. Adiós. (A Felisa que continúa sentada a la máquina.) No va a ser bofetada la que le va a largar don Venancio.

ESCENA III

DON CLAUDIO y FELISA

FEL. Por Dios, don Claudio. ¡Qué manera de burlarse de ese pobre joven!

CLAU. De burlarme, no; de ayudarle. (Se sienta cerca

de Felisa.) Cuando una persona sufre una equivocación, se le debe advertir, porque corregir al que yerra, dar buen consejo al que lo ha de menester y enseñar al que no sabe, son obras de caridad; pero es perder el tiempo cuando se trata de un necio presuntuoso como ese joven, o de personas que inventan de mala fe, discuten por petulancia o disparatan por egoismo; a todas esas, me gusta seguirles la corriente y, si desbarran como uno, las ayudo a desbarrar como ciento; las empujo, para que caigan en el mayor ridículo posible.

FEL. ¿Y no discute usted nunca?

CLAU. Jamás; las discusiones no suelen ser más que pugilatos de amor propio.

FEL. ¿Ni cuando oye decir una monstruosidad?

CLAU. Tengo oídas tantas que ya no me hacen efecto. Soy como los perros de las herrerías que duermen al ruido de los martillazos.

ESCENA IV

DICHOS; por el foro, SIMONA

SIM. Muy buenos. ¿Es aquí donde hace falta criada?

CLAU. Aquí y en todas las casas de la población. ¿Viene usted a pretender? (Sigue sentado cerca de Felisa.)

SIM. Sí, señor; pueden tomar informes en las cuatro casas qui servido dende que vine del pueblo.

CLAU. ¿Cuánto hace que vino usted del pueblo?

SIM. Dos semanas.

CLAU. ¿Cuatro casas, en dos semanas?

SIM. Sí, señor; pero tié usted de considerar la casta de señores que anda por ahí; de la primera casa me salí porque son de San Sebastián y hacen sacar lustre al suelo.

CLAU. ¡Qué desconsideración! (Felisa se esfuerza por no reír.)

SIM. En la otra, la señora me repesaba la compra, lo cual que es desconfiar de la honra de una.

CLAU. Aquí, ni se le repesará ni se le tomará la cuenta de la compra.

- SIM. En la otra, la señora me dijo una mala expresión porque inadvertidamente me puse unas medias suyas creyendo que eran mías ya ve usted: un *equivóco* lo tiene cualquiera.
- CLAU. Y aunque no hubiera sido equivocación; que una criada, para salir de paseo o para ir al baile, se ponga la ropa interior de la señora, nada tiene de particular; por lo menos así opinamos mi mujer y yo. ¿Verdad, Felisa?
- SIM. Y de la última me salí porque los señores eran *veteranos*.
- CLAU. ¿Veteranos?
- SIM. De esos que no comen más que verduras.
- FEL. Vegetarianos.
- CLAU. No, mujer; Wagnerianos.
- SIM. Bueno, como se diga.
- CLAU. Pues la vegetariana es también la comida de esta casa, por ser la más saludable.
- SIM. Lo será, pero a mí no me cumplen las chuletas de acelga ni los filetes de repollo, porque estoy algo *anémica*, y el médico dice que necesito una alimentación que me *nutria*.
- CLAU. Se la traerá solomillo y *foagrás* para usted sola, para que se *nutria* y se le cure la *anímia*!
- SIM. Bueno; si es así.
- CLAU. Suba usted al piso principal a tratar con mi mujer. (Indica la puerta de la derecha.)
- SIM. Diga usted: ¿hay salida los domingos? (Al marcharse)
- CLAU. ¿Cómo los domingos? Y los lunes, y todos los días de la semana, a todas las horas del día y de la noche. Y en cuanto al salario, aquí tenemos la costumbre de dar un duro más de lo que usted pida.
- SIM. Vaya, pues; con premiso (Vase por primera derecha.)
- CLAU. (Al acústico; sopla y espera a que conteste el silbato.) ¡Rafaela: ahí va eso!
- FEL. ¡Qué cosas tiene usted!
- CLAU. Verás cómo mi mujer la echa por la escalera.

ESCENA V

DICHOS; DIEGO por el foro (obrero joven, afeitado)

DIEGO Salud.

CLAU. Hola, Diego. (Se levanta y pasa detrás del mostrador.)

FEL. ¿Se acabó la huelga?

DIEGO Se acabó.

FEL. Ya nos han dicho que debutaste de orador en un mitin y que estuviste muy bien.

DIEGO Regular tal cual, porque al tomar la palabra me entró así como un hormiguillo, me hice un taco y no podía romper.

CLAU. Lo mismo le sucedía a Castelar.

FEL. Y, por fin, ¿qué dijiste?

DIEGO Dije cuatro verdades: que ya es hora de que los que hemos ido a pie vayamos en coche.

CLAU. Esa es la mía, y que los que han ido en coche vayan tirando de él.

DIEGO Tanto como eso no dije.

CLAU. Pero lo digo yo... Y los caballos en el pescante.

DIEGO Eso es echar las cosas a chufia, don Claudio. (Sonriente.)

CLAU. En alguna parte habrá que poner los caballos.

DIEGO Bueno; usted dirá lo que hay que hacer.

CLAU. Mira. (Señalando a la primera izquierda.) Aquel segundo piano de la derecha, lo acabas de barnizar, que me lo dejaste a medias, y hay que enviarlo mañana mismo.

DIEGO Diga usted; (Señalando hacia la izquierda, dentro.) esas dos ventanas no estaban antes.

CLAU. No; antes eso era un almacén sin luz ni ventilación; esas dos ventanas las hice abrir yo por mi cuenta. Y a causa de esa mejora el casero me ha subido seis duros el alquiler mensual.

DIEGO ¿Habiendo pagado usted la obra de su bolsillo?

CLAU. Lo que oyes.

DIEGO Los hay que devoran. Luego dicen si uno piensa como piensa. (Vase primera izquierda.)

CLAU. (A Felisa.) Pon la dirección a este rollo. (El que dispuso. Dentro, derecha, voces de una señora y

de Simona.) ¿No te lo dije? Mi mujer la ha tirado por la escalera. (Vase por la primera derecha, contento del resultado.)

ESCENA VI

FELISA; DIEGO, por la primera izquierda

- DIEGO (Asoma, sin gorra.) ¿Y el amo?
- FEL. Ha subido a su habitación. (Sentada donde antes.)
- DIEGO (Sale.) Muchas ganas tenía de volver a hablar contigo, Felisa.
- FEL. Poco se conoce cuando no has venido en tantos días.
- DIEGO Porque estuve de mitins. (Se acerca poco a poco.)
- FEL. Señal de que los mitins te interesan más que yo.
- DIEGO No es eso; es que yo soy hombre, y el hombre ha venido a este mundo para ser hombre consciente y progresivo; por lo demás, no hay nada que me interese más que tú; te lo juro.
- FEL. Muchas gracias.
- DIEGO Resumiendo; hace sus dos meses que te pedí relaciones, y no para gastar conversación, sino para casarnos, y tú, dándome largas. Creo que ya es hora de que me desengañes de una vez, y lo que haya de ser, que sea. ¿Es que no te convengo?
- FEL. Como convenirme... tú eres un chico formal... simpático... pero...
- DIEGO Ya tenemos el *pero* de siempre.
- FEL. Es que soy muy joven todavía.
- DIEGO Mejor que mejor; el casarse no es cosa de viejos, y como dijo un poeta:
- «Opino que la mujer
es semejante a las flores,
y en pasando sus verdores
no se la debe querer.»
- FEL. Ya sé que has leído mucho y tienes alguna ilustración.
- DIEGO He tenido principios; un hermano de mi madre se empeñó en matricularme en el

Instituto, pero yo no asistí a clase más que un par de semanas; me gustaba más irme a las afueras a jugar con los amigos.

FEL.

DIEGO

Hiciste mal en no graduarte de bachiller. ¿Para qué? El latín sólo sirve para que los que se las dan de sabios suelten un latinajo cuando no se les ocurre nada que contestar. Y tocante a Historia, si un oso se comió al rey don Favila o si fué el rey don Favila quien se comió al oso, ¿qué más da? Por eso no vamos a comer el pan más barato. A cambio de esas pamplinas he leído a Tolstoy. Y hoy por hoy, tengo un oficio honrado. Ebanista, fué mi abuelo; ebanista, mi padre; ebanista, yo, y nada más. El hombre tiene la obligación de trabajar y producir. De obreros nací, obrero soy y obrero moriré. (Pequeña pausa.) Puede que por eso sea poco para ti.

FEL.

¿Poco para mí? ¿Pues yo que soy sino una pobre mecanógrafa? Una obrera como tú.

DIEGO

¿Entonces?...

FEL.

Yo te aprecio... y te quiero, Diego...

DIEGO

¿De verdad?

FEL.

Y para que veas que es de verdad, acepto las relaciones contigo.

DIEGO

(La coge la mano. Felisa se levanta. Los dos en la derecha.) Gracias, Felisa; no sabes lo dichoso que me haces... pero dime: ¿Por qué me has hecho esperar tanto? ¿Por qué algunas veces tuviste el sí en los labios y te arrepentiste?

FEL.

¡Si supieras el motivo!

DIEGO

¿Te pretende algún otro? Dímelo, sea lo que sea.

FEL.

Ya sabes que vivo en esta ciudad en casa de unos parientes míos. Mi hermanita Rosarín, una niña de cuatro años, rubita, con el cabello rizado, hermosa como un ángel, era mi alegría y la de mis padres, que viven en el pueblo. Cayó, con la difteria; el médico dijo que había que ponerle el suero cuanto antes; como en el pueblo no lo había, nos telegrafiaron; yo misma lo llevé a la estación del ferrocarril, pero como se había declarado la huelga general, no circulaban los trenes; el suero no llegó a tiempo... y mi hermanita, la pobre Rosarín... (Diego le coge una

- mano y no la deja terminar, emocionado.) Ya puedes comprender...
- DIEGO Si que fué una lástima.
- FEL. Y como tú opinabas en favor de aquella huelga... cada vez que me pedías relaciones, me acordaba de mi hermanita y parecía que me remordía la conciencia al decirte que sí.
- DIEGO Son cosas sensibles, pero no se pueden evitar. Lo que yo opiné fué para nuestro bien.
- FEL. Bueno que procuremos nuestro bien, es muy justo, pero sin hacer daño a nadie, sin sembrar odios y sin perder la razón que nos asiste. Y entonces, todo el mundo estaría de nuestra parte.
- DIEGO Eso es muy difícil, Felisa... Pero no pensemos más en ello, puesto que no tiene remedio; fué una desgracia que siento tanto como tú, porque te quiero con toda mi alma, como el hombre debe querer a la que ha de ser su esposa. (Apasionado.)
- FEL. Como yo te querré siempre.
- DIEGO ¿Me lo prometes? (con las manos cogidas.)
- FEL. Tuya o de nadie. ¿Y tú?
- DIEGO Tuyo o de ninguna otra mujer.
- FEL. No olvides tu promesa.
- DIEGO Yo no tengo más que una palabra; no olvides tú la tuya.
- FEL. Lo que yo prometo es más firme que el Moncayo.
- DIEGO Pues, adiós. (Vase primera izquierda después de mirar a Felisa.)
- FEL. Adiós.

ESCENA VII

FELISA. DON CLAUDIO por primera derecha

- CLAU. No he querido entrar antes porque te he visto filosofando con Diego.
- FEL. Ha salido a darme un recado.
- CLAU. No, si me parece muy bien. Vé a certificar ese rollo.
- (Felisa se pone un pequeño velo y durante la escena siguiente, vase foro, calle.)

ESCENA VIII

DON CLAUDIO. Por foro LIDA y el CONDE

- LIDA Buon giorno, carissimo don Claudio. (Va a abrazarlo.)
- CLAU. Señora... (Dudando.)
- LIDA ¿Ya no me conoce usted?
- CLAU. No sé... me parece recordar...
- LIDA Lida González.
- CLAU. ¡Caramba! ¡Lida! Perdona mi torpeza... (Casi se abrazan.)
- LIDA Nada tiene de particular: hace cinco años que habito en Italia, cinco años que no nos vemos.
- CLAU. Cierto: hemos envejecido cinco años.
- LIDA Los habrá envejecido usted, yo no.
- CLAU. Usted... usted los ha rejuvenecido.
- LIDA Ya se habrá usted enterado de mis triunfos, per tutto il mondo.
- CLAU. ¿Cómo no? Y he leído que debuta usted mañana en esta población.
- LIDA Sí, señor.
- CLAU. ¿Con qué ópera?
- LIDA Con *Fausto*.
- CLAU. Tendrán ustedes un lleno.
- LIDA ¿Gusta el *Fausto* en esta población?
- CLAU. Mucho; pero no por la música, sino porque sale el demonio. Dicen que es ópera de magia.
- CONDE ¡Per vedere il diavolo! ¡Público imbécile!
- LIDA ¡Ah! (Presentando.) Mi maestro de canto: signore conte di Scarlatti.
- CONDE E vostro vero e umilísimo servitore. (Finísimo, se quita el sombrero y le da la mano.)
- CLAU. Igualmente. Tomen asiento. (Se sientan: don Claudio y Lida a la derecha, y el Conde a la izquierda.)
- LIDA Signor Conte, una sigareta.
- CONDE Volontieri. (Le entrega una pitillera abierta.)
- LIDA (Ofrece a don Claudio.) ¿Volete?
- CLAU. Voleto. (Toma un cigarrillo.)
- LIDA ¡Ay, amigo don Claudio! ¡Estoy con un disgusto horrible!
- CLAU. ¿Pues?
- LIDA Que anoche, no más llegar, se me perdió

mi perro, un sètter precioso, blanco, como un paisaje nevado.

CONDE Una bella bestiola. (Se lee: bel la.)

LIDA Y usted tiene la culpa, señor Conde, por haberle reñido.

CONDE Per che mi mordeva le gambe... le panto-
rrilla.

LIDA Es la última vez que le riñe. Ya le he di-
cho al empresario que si no me encuentran
al perro no debuto. Figúrese: el regalo que
me hizo un ministro la noche de mi benefi-
cio en Roma; porque ha de saber usted que
ese perro en Italia era una gloria nacional.

CLAU. ¿Es algún profesor de violín?

LIDA Bastante más.

CONDE E un cane decorato dal governo italiano.

CLAU. ¿Un perro condecorado?

LIDA ¿Le extraña?

CLAU. ¿Extrañarme? ¿Por qué? No es el primer
animal a quien se concede una condecora-
ción.

LIDA Anoche fuimos a dar parte a las oficinas de
vigilancia y esta es la hora en que nada
sabemos de mi pobre Farineli. Esto es es-
candaloso.

CONDE Questo e intollerabile. In Italia si perde un
cane e la polizia busca e trae ante de vein-
ticuatre hora; e lo mismo sucede in tuto
país civilizato. Questo non sucede ma que
in España.

CLAU. Tienen ustedes razón. En los Estados Uni-
dos, con el objeto de atraer a los perros va-
gabundos, a los agentes de policía se les
obliga a ladrar en la vía pública; así es que
a los pocos minutos de perdido un perro, ya
lo tiene usted en su casa.

LIDA Eso es una patraña. (Riendo.)

CLAU. Yo, lo que me han asegurado.

CONDE ¿E per che non ha de ser veritá? E una bella
maniera.

LIDA (De pronto.) ¡Callen ustedes! (Escuchan. Si se
dispone de un buen tenor, se oye cantar «La donna é
mobile». Si no se dispone de él, no se oye nada, pero
es preferible que se oiga.)

CONDE ¡Oh! ¡Madonal! ¿Quién e que canta?

CLAU. El ebanista que me barniza los pianos.

LIDA ¡Bella vocal!...

CONDE Voce d'angelo.

LIDA ¿Es joven?
CLAU. Sí.
LIDA ¿Buena figura?
CLAU. Ya lo creo.
LIDA Llámelo.
CLAU. Oye, Diego. (Pausa.)

ESCENA IX

LOS MISMOS. DIEGO, por la izquierda, en mangas de camisa y mandil negro, de peto

DIEGO Mande.
CLAU. ¿Cómo va eso?
DIEGO Ya va de vencida.
CLAU. Cuando acabes, avísame.
DIEGO Sí, señor (Medio mutis primera izquierda.)
LIDA Diga usted, joven. ¿Es usted el que hace poco cantaba ahí dentro.
DIEGO Sí, señora.
LIDA Tiene usted una voz lindísima.
DIEGO Eso dicen.
LIDA ¿Sabe usted música?
DIEGO No, señora.
LIDA Pues, lo parece, porque canta usted con su poquito de maestría.
DIEGO Que soy de la maquinaria del teatro, y de tanto oír, siempre se pega algo.
LIDA ¿De modo que por la noche, trabaja usted en el escenario?
DIEGO Nada más que cuando hay compañía.
LIDA Entonces, trabajará usted esta noche.
DIEGO Sí, señora, porque esta noche tenemos ópera y debuta una tiple que se llama Lida González.
LIDA ¿La conoce usted?
DIEGO No, señora, pero dicen que canta muy bien y que es muy guapa.
LIDA Muchas gracias, en nombre de Lida González.
DIEGO ¿Es pariente de usted?
LIDA Lida González, soy yo.
DIEGO Usted dispense...
LIDA Al contrario, muy agradecida. (Se levanta y va hacia Diego. Le ofrece la mano.) Choque usted.
DIEGO (Indeciso en tomarla.) Tengo la mano sucia, del barniz...

LIDA Para mí, esas son manos las más limpias...
Adiós. (Le estrecha la mano.)
DIEGO Adiós. (Vase primera izquierda.)

ESCENA X

DON CLAUDIO, LIDA y el CONDE

LIDA Maestro; si usted enseñara a cantar a queste
jóvane... ¡Quel suceso!
CONDE Un vero fanatismo.
LIDA Hay que proponérselo.
CLAU. No aceptará porque ese chico tiene ideas es-
peciales.
LIDA ¿Quién sabe? Señor Conde; vuelva usted a
las oficinas de vigilancia, a ver si se sabe
algo de Farineli.
CONDE Ma si fa media hora avemo estado prigontar
per il cane...
LIDA Vaya usted y no replique.
CONDE (Muy respetuoso.) Sta ben, sta ben; scusate, ca-
rissima Lida. Vado súbito. Permesso. (Vase
toro calle.)

ESCENA XI

DON CLAUDIO y LIDA. De pie

CLAU. Amiga Lida; trata usted a su maestro con
bastante desconsideración a pesar de ser
conde.
LIDA Como maestro, poco tengo que agradecerle:
si me enseñó a cantar, fué a cambio de en-
tregarle un tanto per cento de mis contratas;
y en cuanto a conde, es un título pontificio,
de los que en Roma se hacen mil en un *Dó-
minus vobiscum*... Cuando le conocí, le ponía
usted un plato de chuletas delante y bailaba
la jota de alegría.
CLAU No me atrevo a preguntarle a usted si está
casada...
LIDA He tenido excelentes proporciones; pero
mientras cante, seguiré soltera; quiero bri-
llar y ser admirada como las estrellas; que
se admiran sin que nadie las alcance, y de-
dicarme a empresas difíciles; por ejemplo:

- usted dice que no es fácil convencer a ese joven ebanista...
- CLAU. Es muy difícil.
- LIDA Ese comerá conmigo y con el Conde, questa sera, en el gran comedor del hotel; nosotros, en traje de soiré, y él con el traje en que está. ¿Che vi pare?
- CLAU. Que será digno de verse, y de oír los comentarios de los señores de las otras mesas.
- LIDA Me importa poco: yo amo el desorden porque, para mí, el desorden es la suprema belleza. Detesto la costumbre, la rutina y las conveniencias sociales. Las personas metódicas que todo lo hacen ordenadamente, tienen alma de boticario, de hortera, todo muy colocadito en su sitio; pero yo tengo alma de artista; en Calcuta viajé sobre un elefante; en Egipto maté un cocodrilo; y en Sumatra, por una apuesta, di de comer, a un tigre, medio cordero y un solomillo.
- CLAU. Y dos kilos de cerezas.
- LIDA No sea usted guasa; o mí me encanta todo lo que se sale de lo vulgar.
- CLAU. Lo mismo le sucedía a la Patti; su mayor placer consistía en mirar la hora en un reloj sin manecillas; y se acostaba debajo de la cama.
- LIDA ¡Vaya usted a paseol

ESCENA XII

DICHOS. Por foro calle, TARASIO y GASPARA con cestas y algunos paquetes

- TAR. (Asoma.) Ae María.
- CLAU. ¿Qué se ofrece?
- TAR. ¿Venden aquí instrumentos de música?
- CLAU. Sí, señor.
- TAR. ¿Tiene usted reclamos de codorniz?
- CLAU. No, señor; tengo reclamos de besugo.
- LIDA ¡Ja, ja, ja! ¡Reclamos de codorniz!
- GAS. Por eso no hay que reírse, señora, que ella que no sabe, es como el que no ve.
- TAR. ¿Y cuerdas de guitarra pa tocar?
- CLAU. Eso, sí. (Busca.)
- LIDA (A parte.) ¡Qué tipos más notables! Pasen ustedes.

TAR. Pasa, Gaspara.
GAS. Con premiso.
LIDA Siéntense. (Le han hecho gracia los recién llegados.)
GAS. (Se sientan.) Buena falta nos hace.
LIDA ¿Ustedes no son de aquí? (Sigue fumando.)
TAR. No, señora ;somos de fuera de aquí. (Saca gran-
petaca y lía un pitillo.)
GAS. Usted tampoco es de aquí.
LIDA También yo soy de fuera de aquí.
GAS. Se lo he conocido en el vestir. Yo también,
si tuviera posibles, sería muy tonta pa vestir.
CLAU. Voy á ver si las cuerdas de guitarra están
arriba. Esperen un momento. (Vase derecha.)
TAR. No tenemos prisa. (Queda mirando como fuma
Lida.) Si lo fumara usted de éste, no se traga-
ría el humo.

ESCENA XIII

LIDA, GASPARA y TARASIO

LIDA ¿Han venido ustedes de compras?
GAS. Sí, señora; y ojalay que no hubíamos venido,
porque en las ciudades hay mucha maldá.
TAR. ¡Si supiera usted la que nos han hecho en la
tienda day enfrente!
LIDA ¿Qué ha sido? Cuenten, cuenten.
TAR. Cuéntalo, Gaspara.
GAS. Que Tarasio, éste, mi marido...
TAR. Servidor.
GAS. Leyó en el periódico que en esta tienda ha-
bían bajao el precio de las medias; con que
entremos, pido dos pares pa mí; vamos a
pagar, y eran al mismo precio que las que
me compré hace tres meses, y le digo: en-
tonces, ¿por qué anuncian ustés que han
bajao el precio? Y va y dice el de la tienda:
Porque antes, el precio lo teníamos pegao
en la pantorrilla de las medias, y ahora lo
himos bajao al pie.
TAR. Si no es por ésta, le meto una bofetá que lo
retrato.
GAS. Y no sabe usted los apuros que himos pasao
pa dormir. Anoche pensé que ibamos a dor-
mir al sereno.
TAR. Gracias a que en una fonda nos dejaron
dormir encima de la mesa de billar.

- GAS. Cuéntalo, Tarasio.
TAR. Pues, ná; que al dir a pagar, nos han dicho que el billar se cobra por horas.
- GAS. Total: sesenta riales.
TAR. Como si ésta y yo nos hubiamos pasao la noche jugando a carambolas.
- LIDA ¡Delicioso! (Riéndose de ellos.)
TAR. Si no es por ésta, le meto una bofetá que lo afeito en seco.
- LIDA ¿Y dónde más han estado ustedes?
TAR. Hemos estao a ver un médico, porque yo ando malín maliando.
- GAS. Anda malín maliando, porque le da por las alcohólicas.
- TAR. Pero sin abusar.
GAS. Diga usted que si yo no estuviera a su lao, apañaría la ensalada con aceite anís.
- TAR. Desagerada.
LIDA ¿Y qué le ha recetao el médico?
TAR. Que no vuelva a beber alcohólicas; yo, en vista de eso...
- LIDA ¿Va usted a dejar de beber?
TAR. No, señora; voy a cambiar de médico.
- GAS. ¿Le parece a usted? ¿Qué recondenao!
LIDA Pues hace usted mal; en el comer y en el beber, los animales enseñan a las personas.
- TAR. ¿Que los animales enseñan a las presonas?
LIDA Sí, señor; a un caballo le pone usted un cubo de vino y un cubo de agua, y el caballo bebe el agua y deja el vino. ¿Sabe usted por qué?
- TAR. Porque es un animal.
LIDA ¡Ja, ja, ja!
GAS. Mostillo, más que mostillo. ¡Qué cosas de contestarl!
- TAR. ¿Qué, está mal contestao?
LIDA ¡Admirable! (Riendo.) ¡Qué Tarrasio más gracioso!

ESCENA XIV

DICHOS. DON CLAUDIO por primera derecha

- CLAU. Esperaremos a que vuelva la chica; no sé dónde ha puesto las cuerdas.
LIDA ¿De qué pueblo son ustedes?

- GAS. De ninguno.
LIDA. ¿De ninguno?
TAR. Clavao, y está bien dicho; tenemos una miaja de ventorro en la carretera que va de Castroviro a Garbanzuelos.
- CLAU. Dichosos ustedes que tienen mostrador.
GAS. ¿Por qué?
CLAU. Todo mostrador es una mina de oro.
TAR. Eso es una *anedocta*.
GAS. Hablar por no callar.
TAR. Nosotros semos presonas de concencia y no defraudamos.
- GAS. Ni Tarasio ni yo sabemos lo que es decir una cosa por otra.
TAR. Yo a tol que miente u falta a la verdad, lo decapitaba de la cabeza.
- LIDA. ¡Pobres sombrereros!
GAS. ¡Miá que mina de oro nuestro ventorro y vamos a tener que cerralo porque no hay quien entrel!
- LIDA. ¿Y cómo es eso?
TAR. Porque de Castroviro a Garbanzuelos, han hecho otro camino más direto, que se gana hora y media, y, claro, no hay quien pase por el camino viejo.
- GAS. Hay días que ni nos estrenamos.
TAR. Yo y esta no hacemos más que descurrir qué podríamos inventar para llamar a la gente.
- GAS. Pero no se nos ocurre nada.
LIDA. Hagan ustedes una cosa.
TAR. ¿Cuálo?
LIDA. ¿Hay agua por allí cerca?
TAR. Un pozo de agua una miaja salobre.
LIDA. Magnífico; entierran ustedes un santo por allí cerca, lo descubren, corren la voz de que las aguas son milagrosas y se hacen ustedes millonarios.
- TAR. ¿Pero eso es tan fácil?
LIDA. Sobrarán doctores para certificar que las agnas tienen *radium*.
- CLAU. Y *diámetrum* y *circunferencium*.
GAS. Sí, pero eso de enterrar un santo no está ni medio bien.
- TAR. Nosotros no podemos hacer eso porque semos personas honrás, y antes pediremos limosna que desplotar la salú de la gente con unas aguas que son una filfa.

GAS. Contrimás, que semos cristianos y lo que nos aconsejan del santo, sería faltar a la Santa Religión.

TAR. Clavao y remachao.

ESCENA XV

DICHOS. Por el foro calle FELISA

CLAU. ¿Dónde están las cuerdas de guitarra?

FEL. Aquí. (En el despachillo de la derecha.)

TAR. Dos primas y una segunda, ¿cuánto es? (Saca el dinero de la faja.)

FEL. Dos cincuenta y cinco.

LIDA. Piensen en lo que acabo de aconsejarles.

GAS. No tenemos por qué pensarle; lo que está mal hecho, mal hecho está, y tarde o temprano, sale a la cara.

TAR. Y aunque no salga, la honradez y la conciencia es lo primero.

GAS. Queden con Dios.

TAR. Camino de Garbanzuelos, ventorro de Tarasio, mandar.

LIDA. ¿Está muy lejos?

TAR. Sigún: diendo a pie hay cuarenta kilómetros, pero diendo en automóvil no hay más que cinco.

LIDA. ¡Ja, ja, ja!

GAS. Mía que eres apatusco: Se vaiga a pie u se vaiga en coche, siempre serán cuarenta kilómetros.

TAR. Yo ya me entiendo (Medio mutis.)

GAS. No dices más que inequívocos. (Medio mutis.)

LIDA. ¡Ja, ja, ja!

TAR. Diga usted, señora, ¿me permite usted una pregunta suelta?

LIDA. Pregunte lo que quiera.

TAR. Aunque usted no sea de aquí, ¿tiene usted algún pariente aquí?

LIDA. Sí, señor; una tía.

TAR. ¿Soltera u casada? (Con cachaza.)

LIDA. Viuda.

TAR. ¿Cuántos años tiene?

LIDA. Cincuenta.

TAR. ¿Vive muy lejos de aquí?

LIDA. No, señor. ¿Por qué me lo pregunta?

TAR. Porque... además de reirse de nosotros, se

puede usted ir a reir de su tía... ¡Ja, ja, ja! Ve usted, ahora me río yo... ¡Ja, ja, ja!

GAS Y yo... ¡Ja, ja, ja!

LIDA Y yo también... ¡Ja, ja, ja! ¡Qué Tarrasio éstel (Mutis foro, Tarrasio y Gaspara, calle.)

CONDE Tutto inutile, mia cara; ho parlato capo polizia e non sape niente di perro. Andiamo parlare governatore civile.

LIDA Después iremos. Si acómodi; e aspetate un po. (En la primera izquierda.) Joven, haga usted el favor. (Felisa deja de escribir.)

ESCENA XVI

DICHOS. DIEGO por la primera izquierda

DIEGO Mande usted.

LIDA Este señor es mi maestro de canto; él podría enseñarle a cantar y llegaría usted a ser una celebridad.

CONDE E guadagnare mile di peseta, milloni di peseta.

CLAU. Lo mismo le sucedió a Gayarre.

FEL. Tienen razón, Diego; Gayarre había sido herrero.

DIEGO Todos dicen que tengo buena voz, pero no quiero cambiar de modo de vivir.

LIDA ¿Por qué?

DIEGO Si les digo el por qué, puede que les ofenda mi franqueza.

LIDA Nada de eso; la franqueza sin descaro es prueba de buena educación.

DIEGO Pues bien, eso de que una persona gane miles de pesetas por ponerse un traje de época y dar cuatro gritos, es costumbre que, según mis ideas, debe desaparecer.

LIDA ¿Por qué?

DIEGO Porque el exceso de dinero en unos pocos, solo les sirve para lujos y vicios, y esa es la causa de que a muchos les falte lo indispensable para vivir. Por eso odio al capital, y yo soy de los que predicán con el ejemplo.

CLAU. Así debe predicarse, Diego.

CONDE Io pagueró tutti gasto, e después cobraré tanto per cento que usted ganará.

LIDA Véngase a Italia con nosotros y, en dos o tres años, debutará usted de tenor.

- CONDE Di primísimo tenore. Seguro.
- FEL. Sí, Diego, sí.
- DIEGO He dicho que no. Yo no salgo de la tierra donde nací.
- LIDA Esa es la contestación de un espíritu pequeño, comprimido; pero salga usted de aquí; viaje, y los grandiosos horizontes agrandarán su alma. Si toda la tierra es de todos, ¿por qué encerrarse en unas leguas de este país? ¿Por qué ha de ser usted como esas cabras atadas al tronco de un árbol, que no pueden alcanzar más hierba que la que les permite la longitud de la cuerda? Rompa usted con esas ideas que le sujetan, y goce de la vida, que es hermosa y guarda encantos desconocidos para usted, si se dedica a la música.
- CONDE Al divino arte della música.
- DIEGO Para mí, la música no es más que una cosa agradable, pero podríamos pasarnos sin ella perfectamente.
- CLAU. Bien dicho; y suprimir los vasos, puesto que podemos beber a morro en los charcos.
- FEL. Y podríamos pasarnos sin muchos de los muebles que tú haces.
- DIEGO No es lo mismo.
- FEL. Todo cuanto nos hace más agradable la vida, merece consideración y respeto.
- LIDA Muy bien dicho.
- CONDE ¡Brava, signorina, bravísima! ¡Spiritosa!
- LIDA Hasta sería usted condecorado por los gobiernos.
- CLAU. Como el perro de esta señorita.
- DIEGO Yo no ambiciono más que salud y libertad; y lluevan condecoraciones sobre los pechos vanos que la desean. ¡Honores! ¿Para qué? La casa en que habito fué palacio de unos condes, allá en no sé qué siglo; hoy es casa de vecindad; lo que fué salón de recepciones, ahora es taller de carpintería; en las caballerizas se construyen caballitos de cartón para los niños; y al escudo de armas de la fachada, acudieron multitud de abejas, y dentro del casco, el enjambre fabrica miel. Con que, no se molesten ustedes; he dicho que no. Yo no tengo más que una palabra y está dicha. Si no se ofrece otra cosa, con el permiso de ustedes. (Vase primera izquierda.)

ESCENA XVII

LIDA, FELISA y CONDE

LIDA ¡Qué desencanto!
FEL. Qué lástima.
CONDE Veramente.
LIDA Usted, amiga mía, está interesada por ese joven.
FEL. ¿Yo?
LIDA Se han mirado ustedes como solamente se miran los que se aman.
FEL. Sí, estamos en relaciones.
CONDE Si aman. Questo e una bella trovatta.
LIDA Si usted es dueña de su corazón, también lo es de su voluntad.
FEL. De su voluntad, lo dudo: es muy terco.
LIDA Nosotras lo somos más; y una mujer hábil, manda hasta cuando obedece. Insista usted.
CONDE La goccia di acqua, tris, tris, fina per traforare ve una pietra.
FEL. En fin, probaré.
LIDA Tendrá usted automóvil.
CONDE E di brillanti.
LIDA (Al Conde.) Andiamo parlare governatore civile. Adiós, don Claudio.
CLAU. Tanto piacere...
CONDE Salute, signorina.
FEL. Vayan con Dios.
CLAU. (Al Conde.) Tanto piacere... (Vase derecha.)
LIDA Duro con él. (A Felisa.)
(Vanse Lida y Conde foro calle.)

ESCENA XVIII

FELISA y DIEGO, primera izquierda

DIEGO ¿Ya se han ido esos saltimbanquis?
FEL. Serán lo que tú quieras, pero tienen mucha razón en lo que te han aconsejado.
DIEGO Sentiría que lo que han dicho, te hubiera hecho morder en la manzana de la ambición.
FEL. Yo no soy ambiciosa, Diego; sé conformarme con lo que tengo, porque esta es la manera de ser feliz, pero quisiera verte aplaudido,

el ídolo de los públicos que te ovacionarían; y yo lloraría de alegría, orgullosa de poder decir: «ese, ese es mi esposo.»

DIEGO No te canses, Felisa; deja ese sonsonete y no me hables más de un asunto que me molesta.

FEL. Bien, no te lo volveré a recordar, pero considera que cuando Dios te ha concedido una voz tan hermosa, por algo será.

ESCENA XIX

FELISA, DIEGO. Por la derecha **DON CLAUDIO** que escuchó el final de la escena anterior.

CLAU. ¿Qué tal?

FEL ¡Ah! (sorprendida.)

CLAU. ¿Se trabaja, eh?

DIEGO He salido para hablarle dos palabras. (Medio mutis.)

CLAU. No pido explicaciones; si siempre os sorprendo filosofando, no es vuestra la culpa, sino mía, por bajar sin hacer ruido. Otra vez os avisaré por el teléfono acústico. «Allá voy.» ¿No has convencido a Diego?

FEL. Imposible. Dice que odia el capital.

CLAU. Somos muchos los que predicamos contra el maldito capital, sin perjuicio de jugar a la lotería de Navidad, para ver si atrapamos el gordo.

DIEGO Le advierto, que si la Navidad pasada jugué en el número que usted tomó para sus parroquianos, no fué por ansia de ser rico, que fué por no desairar a Felisa que me ofreció una participación; que si por mí fuese, estaría prohibido eso de la lotería y de soñar con el gordo.

FEL. Y no esperes que yo te vuelva a recordar lo que te han dicho esos señores.

DIEGO Ya lo veo que no me lo recuerdas; pero es inútil, y te lo repito por última vez: obrero soy, obrero moriré... y lo dicho dicho está. (Mutis primera izquierda.)

ACTO SEGUNDO

Del primer acto a éste han pasado seis años. Contaduría en el Teatro Principal de la misma población. A la derecha gran cristalera que comprende casi todo el lado derecho y termina en arco de medio punto. Esta cristalera está dividida verticalmente en tres partes: la del primer término es la puerta que da al vestíbulo del teatro y por ella se va a la calle; la del centro es fija; la del último término es puerta más pequeña, que da a la taquilla despacho de localidades.

A la izquierda puerta mampara, por la que se va al escenario. Al frente, dos armarios iguales, uno a cada lado; al centro, mesa de despacho con todos los accesorios propios de una Contaduría. Divanes o algunas sillas. Al frente, centro, en la pared, reloj. Debajo del reloj, almanaque, y a cada lado de éste un teléfono. En el de la derecha, un cartelito que dice: 'Teléfono 844'; sobre el otro: 'Dependencias'. Perchero de pie. En la pared, primer término derecha, cartel anunciador de la función, en el que se lee;

TEATRO PRINCIPAL



DEBUT DE LA GRAN COMPAÑIA DE OPERA ITALIANA

Maestro direttore e concertatore

JOVANNI PEREZ

Prima donna assolutissima

LIDA GONZALEZ

Primo tenore assolutissimo

Cáv. e ORESTES GILARDI

Hoy, 12 de Noviembre

ROBERTO IL DIAVOLO

PRECIOS

..... ..

ESCENA PRIMERA

DON CLAUDIO, sentado a la mesa de despacho. Después, FELISA, por segunda derecha. Suena el timbre del teléfono 844

- CLAU. (Va al timbre.) «Al habla. Soy el empresario del Teatro Principal. ¿Y usted, quién es? Ah, a sus órdenes, señor gobernador. Nunca se había tenido esa exigencia con este teatro. Está bien; se procurará cumplir lo dispuesto. Servidor de usía.» (Aparte.) Así reventaría. (Llama al teléfono «Dependencias..») «Mariano.. ¿Está Busquets en el escenario? Sí, Busquets, el empresario de la compañía de ópera. Dile que venga.» (Deja el teléfono.) Felisa.
- FEL. Mande usted.
- CLAU. ¿Cómo andamos de venta? (Se sienta.)
- FEL. Medianamente; no he despachado más que una butaca a un señor sordo.
- CLAU. ¿De la primera fila?
- FEL. Ca; de la última, porque dice que para los inteligentes, la pintura y la Música, de lejos. (Vase segunda derecha.)
- CLAU. Pues se conoce que aquí son muy inteligentes, porque cuando hay ópera se quedan en casa.

ESCENA II

DON CLAUDIO, BUSQUETS, sin pelo de barba, por izquierda, de chaquet

- Bus. ¿Qué se li ofrese?
- CLAU. De orden gubernativa tenemos que empezar a la hora anunciada y terminar antes de la una.
- Bus. Eso no puede ser; hay óperas que tienen cuatro actos largos; las daturaciones son complicadas, y si al público hase rapatir algún número, acabaremos a las dos.
- CLAU. Y el gobernador me ha dicho que nos largará una multa.
- Bus. ¿Y quién es lo gobernador para poner multas a nadie?
- CLAU. La autoridad.

- BUS. ¿Y quién es la autoridad para obligarnos a acabar a la una?
- CLAU. La que hace cumplir las disposiciones del gobierno.
- BUS. ¿Y quién es lo gobierno para dar disposiciones?
- CLAU. Nadie; tiene usted razón, pero aun tenemos otra más negra. El Capitán general ha dispuesto que mañana de madrugada salga la tropa de maniobras, por lo cual el gobernador militar acaba de telefoncarme que ninguna banda de Regimiento puede tomar parte en la ópera de esta noche.
- BUS. ¡Ay, caratl! ¿Y quién es lo gobernador militar? ¿Y quién es el Capitán janaral para disponer de la tropa?
- CLAU. Nadie, hombre, nadie.
- BUS. Esto no susede más que aquí a Castilla.
- CLAU. Nada más: en todos los demás países del mundo ya se sabe que la tropa está bajo las órdenes del arquitecto municipal o del director de la Tabacalera o del arzobispo de la diócesis.
- BUS. Usted se ríe pero yo prutestaré. Usted no lo sabe quién soy yo.
- CLAU. Usted es quien me aseguró que, con su compañía de ópera me llenaría el teatro, y esta es la hora en que sólo se ha vendido una butaca a un sordo.
- BUS. ¿Sí, eh? Pues sepa usted que antes de media hora habrá bufatadas para tomar butaca. Es un truco que yo me traigo.
- CLAU. ¿Un truco?
- BUS. Miri; antas de ayer puse este anunsio en un diario de aquí. (Periódico.) «Sañurita de veinte años, bien paresida, de inmecorables cundisiones murales y con quinientas mil pesetas de dote desea casarse con un joven de buena conducta. Cuntestasión: Lista de Correos número 7.777». Ayer recibí cuatrocientas cuarenta y cinco cuntestaciones, y a todos lis contesté lo mismo, an papel de culor de rosa: «Sé quién es ustet y me conviene. Vaya mañana a la inaugurasi3n de la ópera al teatro Prinsipal, a la butaca fila uno, número uno.» Al otro le contesté: «A la fila uno número dos.» Y así susasivamente hasta la fila veintiuna, número quínse.

- CLAU. Comprendido.
BUS. A las once repartirán el correo; a las once y media tienen usted delante de la taquilla una cola de señoritos como desde aquí a Madrid. (Se sienta.)
- CLAU. Lo creo; y tendrán que venir los municipales a poner orden.
BUS. Usted no lo sabe quién soy yo. Cuando yo tenía compañía de verso llené el teatro no más con la manera de anunciar un drama que se titula: «El hombre que asesinó»; a dos actores de la compañía los vestí de municipales y los hice pasear por la población llevando atado a otro actor caracterizado de bandido, con un letrero a la espalda, que decía: «El hombre que asesinó». (Se levanta.)
- CLAU. Es usted el demonio.
BUS. Y a Saragosa, cuando puse el *Fausto*, a la Margarita no la saqué hilando en un torno, que la saqué cosiendo en una máquina «Singer», y por ese reclamo, la fábrica le regaló otra máquina a mi mujer. Usted ancora no lo sabe quién soy yo.

ESCENA III

DICHOS. Por primera derecha, DOÑA ASUNCION y su hija MERCEDITAS

- ASUN. Buenos días.
CLAU. Muy buenos, señora.
ASUN. Venimos a abonarnos a la temporada de ópera.
MERC. A diario.
ASUN. Y al mejor palco que haya, cueste lo que cueste; no nos importa gastar.
CLAU. Tengan la bondad de sentarse. ¿Conocen ustedes el teatro?
ASUN. No, señor; porque acabamos de llegar de Bilbao, pero conocemos mucho el de Arriaga. (Sentada a la derecha y frente de la mesa.)
MERC. El mejor teatro de Bilbao. (Sentada a izquierda y frente de la mesa.)
ASUN. Y el más caro, pero como, gracias a Dios podemos, nos gusta tener abono a diario, aunque no vayamos.

- CLAU. Eso es lo más elegante. En París casi nadie va al teatro; se abonan nada más.
- BUS. ¿De modo que son ustedes bilbilitanas? (sentado a la izquierda.)
- CLAU. No, hombre; bilbilitanos son los de Calatayud.
- BUS. Ay, carat; yo pensaba que los de Calatayud eran calatayudanos.
- CLAU. (Con un cuadro.) Aquí pueden ustedes escoger.
- ASUN. ¿Qué es eso?
- BUS. El mapamundi del teatro.
- ASUN. Nosotras no entendemos de mapas; usted díganos cuál es el palco más caro, porque, como gracias a Dios podemos, no nos importa gastar.
- CLAU. Este del centro es el más caro, porque es mayor que los otros.
- ASUN. Pues ese.
- MERC. Cueste lo que cueste.
- CLAU. Ya comprendo que, gracias a Dios, pueden ustedes gastar, pero debo advertirles que desde este palco se oye bastante mal.
- ASUN. No importa: ese.
- CLAU. Felisa; dobla el palco número doce. ¿A nombre de quién pongo? (Escribe.)
- ASUN. A nombre de mi señor esposo. Teodoro Arrigoitia.
- BUS. (Se levanta.) Ah; Teodoro Arrigoitia; lo sélebre traficante, que se ha hecho millonario con la guerra Europea.
- ASUN. ¡Traficante! ¿Dice usted «traficante?»
- MERC. Papá no ha sido nunca traficante.
- CLAU. Ha querido decir «exportador»,
- BUS. Bien, sí; exportador.
- MERC. Eso es otra cosa.
- BUS. Dispensin.
- ASUN. (Toma papel de sobre la mesa.) ¿Es esta la lista de la compañía?
- BUS. Sí, señora; pero está en italiano y no la entenderá usted.
- MERC. Yo la leeré.
- CLAU. ¿Conoce el italiano esta señorita?
- ASUN. No, señor, pero conoce el vascuence.
- CLAU. Es lo mismo.
- MERC. (Lee) «Gran compagnia di ópera italiana. Maestro direttore e concertatore della Scala de Milano: Jovanni... Pérez.»
- ASUN. ¡Uy, Pérez! (Con desprecio.)

- BUS. ¿Qué tiene ustet que desir den Péres? ¡Director del Liseyu de Barselona!
- MERC. «Prima donna assolutísima: Lida... González.»
- ASUN. ¡Uy, la González!
- BUS. ¿Qué tiene ustet que desir de la Gunsálas?
- ASUN. Que debe estar ya muy cascada porque hace seis años en Bilbao nos cantó una *Lucía de Lamermoor*, para matarla.
- BUS. Parque acababa de pasar la gripa; pero li ha quedao una vos que de un grito destapa una butella de Champán.
- CLAU. ¡Atizal (Aparte.)
- MERC. «Tiple leggera...» (Lee lechera.)
- ASUN. ¿Lechera?
- CLAU. Tiple ligera.
- MERC. «Franceschina... Rodríguez.»
- ASUN. ¿Qué tal es esa tiple ligera?
- CLAU. De lo más ligero que se ha conocido.
- ASUN. ¿Casada?
- CLAU. Todas las artistas de ópera están casadas; hasta las solteras.
- MERC. «Primo tenore assolutísimo: Cavaliere Orestes Gilardi.»
- ASUN. Gracias a Dios, que suena un nombre italiano.
- MERC. ¡Gilardil! ¿No te acuerdas de él? Aquel tenor tan guapo que cantó en Arriaga hace un mes.
- ASUN. Ah, sí; un tipo muy distinguido.
- MERC. Y título de caballero, nada menos.
- BUS. Como que es de Flurensia; dasandiente de los Borgias y de Catalina de Médesis.
- CLAU. Y de Amadeo de Saboya.
- BUS. Oh, nos pensin que esta es una compañía de pan sucado con aseite, que lis traigo de primera bailarina a la sélebre Sara Leonardini, discípula de la Pauleta de Barselona... Me parese que no hay más que pedir.
- CLAU. Ya tengo redactada una gacetilla para los periódicos, haciendo saber que la Leonardini ha bailado el troyka con un príncipe ruso; el tango con el Presidente de la República Argentina y la tarantela con un guardia de honor del Papa.
- BUS. Y la sardana con Puig y Cadafalch. Póngalo.
- CLAU. Lo pondré.

- MERC. Me gustaría tener una postal de Gilardi, para mi colección.
- BUS. (saca tarjeta postal.) Aquí lo tiene ustet, vestido de Lohengrin.
- MERC. ¡Qué bien está! Mira, mamá.
- ASUN. A ver, a ver. Está hablando.
- BUS. No, señora; está cantando.
- MERC. Pero la quisiera dedicada.
- CLAU. Se lo diremos cuando venga al ensayo. ¿Su gracia de usted? (Escribe.)
- MERC. Mercedes Arrigoitia.
- BUS. Llástima que él no la conosca a ustet, porque es muy amable, y le pondría una dedicatoria con alguna alusión parsonal.
- MERC. Como conocerme, yo creo que me conoce... de haberme visto en el palco, en Bilbao.

ESCENA IV

DICHOS; por la derecha, DIEGO, que ahora es Gilardi, elegantemente vestido; va peinado a lo artista italiano de modo que resulta un tipo muy distinto del primer acto, pero sigue sin pelo de barba

- DIEGO Buon giorno.
- BUS. Aquí tenemos al gran Gilardi.
- DIEGO A los piés de ustedes. (A Busquets.) ¡Vaya un alojamiento que me ha buscado el amigo Busquets!
- BUS. L'hutel más caro de la población: veinticinco pasetas, el cuarto, y comida aparte.
- DIEGO Valiente hotel: anoche llamo al camarero: «Una botella de Champán suprem.» «No tenemos porque cuesta sesenta pesetas botella, y no lo pide nadie.» Esta mañana, pido una botella de agua de colonia, marca «Excelsior» para echarla en el baño, y la misma canción. (Esto lo ha dicho a Busquets y a ellas.)
- BUS. ¿Y yo, quina culpa tengo? (Vase izquierda.)
- CLAU. Esta señorita desea que le dedique usted una postal.
- DIEGO Con muchísimo gusto pero, una simple postal es cosa insignificante tratándose de señorita tan distinguida. Comprendo que sería demasiado atrevimiento ofrecerle mi fotografía de gran tamaño, pero ya que esto no puede ser, ruego a usted se digne acep-

- tar mi colección de postales donde estoy re-
tratado en todas las óperas que canto.
- MERC. Muchas gracias.
- DIEGO Postales que tendré el honor de dèdicar a la
bella y distinguida señorita Mercedes de
Arrigoitia.
- ASUN. Ah, pero ¿nos conoce usted?
- DIEGO Señora, por Dios. ¿Quién no conoce en Es-
paña a la distinguida familia del ilustre fi-
nanciero señor de Arrigoitia?
- MERC. Es usted muy amable.
- CLAU. (A doña Asunción) ¿Quiere usted que se le en-
vie el recibo a su casa?
- ASUN. No; me parece que debo llevar algún dine-
ro... ¿cuánto es?
- CLAU. Seiscientas noventa y cinco pesetas.
- ASUN. Aquí tiene un billete de mil pesetas. (Lo
arroja con desdén. Don Claudio trae la vuelta de la
taquilla.)
- ASUN. Ese palco, ¿tiene antepalco?
- CLAU. Sí, señora; y bien grande. ¿Quiere usted
verlo?
- ASUN. Mejor será.
- CLAU. Venga por aquí. (Izquierda.)
- MERC. Yo me quedo, mamá.
- ASUN. Como quieras. (Vase, izquierda.)
- CLAU. (Después de mirar a Diego y a Mercedes, intenciona-
do.) Bueno. (Vase, izquierda.)
- DIEGO ¿Vendrá usted esta noche?
- MERC. Ya lo creo; todas las noches. Nos hemos
abonado al mejor palco.
- DIEGO ¡Cuánto lo celebro! Hoy volveré a cantar
como sólo canté en Bilbao, porque usted me
escuchaba.
- MERC. ¿Porque yo le escuchaba?
- DIEGO Sí, porque al verla a usted en el palco; al
contemplarla, canto solamente para usted;
una inspiración divina me alienta; mi voz
adquiere más dulce sonoridad, y el aplauso-
entusiasta del público, a usted se lo debo y
a usted se lo agradezco.
- MERC. ¡A mí!
- DIEGO Al amor que por usted siento; sólo por eso
acepté el contrato en esta población, créame.
- MERC. No sé si debo creerle, porque se dice que
tiene usted otros amores.
- DIEGO Historias que nos achacan a los artistas;
pero, aun cuando así fuese, la mujer debe

desea el último amor del hombre, y nosotros el primer amor de la mujer. Y yo le juro que usted será mi último amor; el que nos una para siempre y la Iglesia santifique con su bendición. ¿Qué me contesta?

MERC. No tenga usted tanta prisa. Por ahora confórmese con que seamos muy buenos amigos, y más adelante, ya veremos... Pero no bastan las palabras; necesito pruebas que demuestren la verdad de lo que acaba de decirme.

DIEGO. ¿Qué pruebas exige usted de mí? Pídame el mayor de los sacrificios.

MERC. Que cuando cante alguna romanza amorosa o algún dúo con *amore* siga usted mirando a nuestro palco.

DIEGO. Eso no es sacrificio, sino un gratísimo placer para mí.

(Entran Claudio y doña Asunción.)

ASUN. Vámonos.

MERC. ¿Qué tal es el palco?

ASUN. Magnífico, tiene un antepalco donde cabe perfectamente un diván para que duerma tu papá. Adiós.

CLAU. Adiós, señora.

DIEGO. Un momento: ¿el domicilio de ustedes para que mi ayuda de cámara les lleve las postales?

MERC. Paseo de las Acacias, nueve: toda la casa.

ASUN. Casa propia.

CLAU. Lo mismo digo; en esta misma calle, número veintisiete, piso cuarto... todo el cuarto.

ASUN. Muchas gracias. (Vase primera derecha.)

MERC. Adiós, Gilardi. (Vase primera derecha.)

DIEGO. Adiós, Mercedes. (Vase tras ella.)

CLAU. (Abre segunda derecha.) Felisa.

FEL. (Asoma.) Mande.

CLAU. ¿Has visto a Diego?

FEL. Sí, señor; y hubiese preferido no verlo. Ya se lo dije a usted cuando supe que iba a debutar aquí, pero usted se empeñó en ponerme en la taquilla.

CLAU. Porque eres persona de confianza.

FEL. Que no espere que yo le salude; en cuanto marchó a Italia con la tiple y su maestro, como si se lo hubiese tragado la tierra; ya no supe más de él; ni una carta, ni una mala postal. ¿Le parece a usted que es manera de portarse?

- CLAU. Ya vuelve. (Cierra segunda derecha. Felisa se oculta.)
- DIEGO (Vuelve por la primera derecha. Aparte.) Me ama, no me cabe duda. Se ha marchado dejándome una mirada.

ESCENA V

DIEGO y DON CLAUDIO

- CLAU. Oye, Diego, ¿por qué te has cambiado de nombre?
- DIEGO Me cambié el nombre, por temor a un fracaso cuando canté en Italia por primera vez. Mis primeros triunfos los recogí con este seudónimo; con el mismo me bombeó la Prensa europea, y sería un desacierto el rectificar. Además, sabe usted que mi apellido no es apropiado para un cantante. (Riendo.)
- CLAU. Es verdad: Tresgallos.
- DIEGO Y de segundo apellido, Tresgallos, también.
- CLAU. Muchos gallos son para un tenor.

ESCENA VI

DICHOS. GAUDENCIO por izquierda; es uno de la maquinaria del teatro; con bigote

- GAUD. ¿Don Claudio?
- CLAU. ¿Qué hay, Gaudencio?
- GAUD. Tiene usted que darme un vale para traer un kilo más de tachuelas para enlistonar el decorao.
- CLAU. Voy. (Escribe.)
- DIEGO (Retrato que hay en la pared.) ¿Quién es esta mujer?
- CLAU. La Sara Leonardini, gran estrella del arte coreográfico.
- DIEGO Hermosa es, en verdad.
- CLAU. Ya lo creo; una mujer que quita el hipo. Toma. Oye, Gaudencio; ¿gestará todo listo para la función?
- GAUD. Estará; los compañeros que tengo en la maquinaria son gente de rigor, y arreamos de firme. (Vase izquierda.)

ESCENA VII

DIEGO y CON CLAUDIO. Después, por primera derecha, SARA LEONARDINI

DIEGO (Muy cariñoso.) Carísimo don Claudio; tiene usted que anticiparme dos mil pesetas.
CLAU. Pero, hombre, si anoche te hicimos un anticipo de tres mil...
DIEGO Sí, señor; pero me llevaron al casino; entré en la sala de juego, y estuve de malas.
CLAU. Voy a consultar con Busquets, porque ya sabes que lleva un tanto por ciento en el negocio. (Medio mutis izquierda, en el momento en que entra Sara Leonardini, primera derecha.)
SARA Señor empresario.
CLAU. ¿Qué hay, amiga Sara?
SARA ¿Me dará quinientas pesetas?
CLAU. Espere un momento, que se lo diré a Busquets. Siéntese. (Vase izquierda.)

ESCENA VIII

DICHOS, DIEGO y SARA

(Diego saluda con una reverencia, a Sara; ésta se sienta, saca espejito y polvera y se retoca.)
DIEGO (Aparte.) La Sara Leonardini. Es una mujer estupenda. (La contempla un momento.) Señorita.
SARA ¿Qué? (Friamente.)
DIEGO Perdone el atrevimiento. ¿Es a la eminente estrella Sara Leonardini a quien tengo el honor de saludar?
SARA (Como antes.) La misma. ¿Y ¿usted quién es?
DIEGO Gilardi.
SARA (Transición. Muy amable.) Ah; cuánto celebro conocer personalmente al tenor Gilardi.
DIEGO Al gran Gilardi; al inmenso Gilardi; pero le advierto que si tengo la inmodestia de adjetivarme grande e inmenso, es porque jamás astrónomo alguno ha conseguido, como yo ahora, ver de cerca una estrella de tanto brillo y de tan gran magnitud.
SARA Es usted muy galante.
DIEGO La galantería es el fingimiento cortés, y yo,

ni por cortesía, digo lo contrario de lo que siento.

SARA Permítame dudarle.

DIEGO Voy a demostrárselo: me causa cierta contrariedad el que figure usted en esta compañía, porque el éxito de usted hará palidecer el mío, y será usted la preferida como en todas partes.

SARA No puedo negar que he sido muy agasajada en todas la naciones europeas y americanas, no solo en el teatro sino en los salones aristocráticos.

DIEGO Lo sé. Por eso tiene usted fama mundial y muy merecida; es mucha su elegancia, gentileza y hermosura.

SARA Muchas gracias. (Le pone la mano a la altura de la boca para que Diego la bese.)

ESCENA IX

DICHOS, por izquierda BUSQUETS

BUS. (Aparte al ver el beso.) ¡Mosca! (Alto.) Señor Gilardi.

DIEGO ¿Qué hay?

BUS. Ha cumansado el ensayo para usted. Señora; para usted también ha cumansado.

SARA Que se esperen.

BUS. Gilardi; díguili que vingui. (Vase izquierda.)

DIEGO Está bien.

SARA Es una desconsideración ponernos ensayo a esta hora.

DIEGO Una desconsideración intolerable.

SARA Yo, que suelo levantarme a la una.

DIEGO A esa hora estoy yo en el primer sueño. Como que el levantarse temprano es costumbre de gente ordinaria.

SARA Una cursilería.

DIEGO He tenido que venir sin desayunarme.

SARA Y yo lo mismo.

DIEGO Verá usted. (A la puerta izquierda.) ¡Avisador! ¡Avisador! Voy a encargar almuerzo para los dos si me hace el favor de aceptar. ¿Acepta?

SARA No sé si debo aceptar.

DIEGO ¿Por qué?

SARA ¿No habrá alguna persona que lo lleve a mal?

DIEGO Nadie, absolutamente.
SARA Entonces, acepto.
DIEGO Muchas gracias. (Le besa la mano.)

ESCENA X

DICHOS. Por izquierda DON CLAUDIO y luego CRIADO

CLAU. (Que ha visto el beso. Aparte.) ¡Azúcar! (Alto.)
 Gilardi.
DIEGO ¿En?
CLAU. Voy a decir a la taquillera que cuando ten-
 ga dos mil pesetas en billetes, te las entre-
 gue. (Entra en la segunda derecha.)
CRIADO ¿Llamaba usted?
DIEG. Vete al mejor restorán y traete para esta se-
 ñorita y para mí... (Consultando con Sara.) ¿Os-
 tras verdes de Marennas? Tortilla con cham-
 piñón? ¿Filetes de lenguado al *gratén*? Una
 tarrña de *foagrás*? Un *tutti fruti* con cham-
 pán. Vinos *sotern*, *Chianti* y champán Pome-
 ry, Y lo llevas al saloncillo de arriba sin que
 nadie se entere.
CRIADO Está bien. (Vase izquierda.)
DIEGO ¿Vamos?
SARA Andando. ¡Un almuerzo de Príncipes!
DIEGO Lo que usted se merece. (Diego y Sara vanse
 izquierda.)
CLAU. El vestíbulo lleno de señoritos tomando bu-
 taca. (Va a la mesa.) Una cola en la taquilla
 como si vendiéramos aceite de tasa.

ESCENA XI

DON CLAUDIO. Por primera derecha LIDA

LIDA (Incomodada.) ¡Hola! (Pasea agitada.)
CLAU. ¡Hola! (Aparte.) Saludo marítimo; marejada
 tenemos.
LIDA (Sonrisa de despecho.) ¡Muy bonito, don Clau-
 dio, muy bonito!
CLAU. Muchas gracias por el piropo.
LIDA No es piropo lo que usted se merece.
CLAU. Sepa usted que la e-peran para ensayar.
LIDA Yo no ensayo ni canto ninguna ópera en
 que haya baile.

- CLAU. Entonces no va usted a debutar, porque precisamente hemos escogido aquellas óperas en que interviene el cuerpo coreográfico.
- LIDA Ya lo he visto: para que se luzca la Leonardini.
- CLAU. Naturalmente.
- LIDA Por eso han puesto en el vestíbulo su retrato más grande que el mío, lo cual es tanto como decir al público que ella vale más que yo, y sepa usted que hay mucha distancia entre mi garganta y las piernas de la Leonardini.
- CLAU. No se las he visto, pero cada una en lo suyo: usted hace gorgoritos con la garganta y ella los hace con los piés.
- LIDA Eso es hacerme a mí de menos. ¡A mí que he sido aplaudida por muchas testas coronadas; que en Milán me llamaban «El Ruiseñor español», y en el Cairo tuve un éxito tan formidable, que un crítico escribió que hasta las momias de los Faraones debieron removerse en sus tumbas.
- CLAU. Y hasta agrietarse las pirámides, sí, señor; por eso debe usted tener la seguridad de que ni un sólo espectador vendrá por ver a la Leonardini, sino para oír y ovacionar a la eminente Lida González. Yo se lo garantizo.
- LIDA No me convence usted, don Claudio: la noche que la clac aplauda a la Leonardini, me pondré enferma y no se acabará la función.
- CLAU. Diremos a la clac que se abstenga.
- LIDA Y si quieren que yo cante, ya pueden mandar que quiten del vestíbulo el retrato de esa bailarina.
- CLAU. Se quitará.
- LIDA Diga usted que hay gente en el vestíbulo, que si no, ahora mismo salía y hacía añicos el retrato.

ESCENA XII

DICHOS. Por la primera derecha PRÁXEDES

- PRÁX. Buenos días.
- CLAU. Hola, don Práxedes.
- PRÁX. Vengo a pedirle un favor, amigo don Claudio; es decir, dos favores. Que me guarden

la butaca fila diez número siete; es decir, (Saca una carta color de rosa bien pronunciado.) no, no: fila siete, número diez.

CLAU. Dígalo ahí fuera, en la taquilla.

PRÁX. Ca, si hay una cola tremenda.

CLAU. (A la puerta segunda derecha.) Felisa: dobla la butaca fila siete, número diez.

PRÁX. Van a tener ustedes un entradón, y no por lo que valga la Lida González, sino por la Sara Leonardini.

LIDA ¡Oh! (A don Claudio.) ¿Lo ve usted?

CLAU. (Presenta.) La eminente diva Lida González. Práxedes de Binaburo. (Aparte a éste.) Se ha colado usted.

PRÁX. Celebro saludarla. He tenido el gusto de oírla cantar y de aplaudirla muchas veces en el teatro; es decir, no sé si fué en el teatro o en un disco; no, no; en un disco... es decir, no sé si fué en un disco...

LIDA En alguna película.

CLAU. Bueno, bueno: ¿qué más desea usted?

PRÁX. Saludar a la Sara Leonardini.

CLAU. Está en el escenario. Por aquí. (Izquierda.)

PRÁX. Con permiso. Servidor. (Aparte.) Me he colado. (Vase izquierda.)

ESCENA XIII

DON CLAUDIO y LIDA. En seguida BUSQUETS, por izquierda

LIDA ¿Lo ve usted? ¿Lo ve usted?

CLAU. ¿Pero usted va a hacer caso de lo que ha dicho ese imbécil?

(Sale Busquets.)

LIDA Imbécil o no, yo no canto.

BUS. Pero, ¿qué dice esta mujer?

LIDA Que yo no canto si baila la Leonardini.

CLAU. ¡Y con todas las butacas vendidas!

LIDA Se devuelve el dinero.

BUS. Haremos una cosa: a usted no li pondremos más óperas que las que no tengan baile.

LIDA Conforme.

BUS. Pero la de esta noche ya está anunciada...

LIDA Se suprime el bailable.

BUS. ¿Suprimir el bailable an al Roberto el diablo? Si todo el acto del sementerio es bailado.

CLAU. En vez del bailable en el cementerio, sali-

mos usted y yo: usted se canta «Els segadors» y yo los bailo.

LIDA Bueno, por hoy accedo, pero nada más que por hoy.

BUS. ¡Grasias a Dios!

ESCENA XIV

DICHOS. Por izquierda PRÁXEDES

PRÁX. ¿Está mi butaca?

CLAU. Luego.

PRÁX. ¡Cualquiera saluda a la Sara Leonardinil! Allí está en un rincón muy amartelada con Gilardi.

LIDA ¡Ah!

BUS. (Aparte) ¡Ay, Mare de Deu!

LIDA ¿Con Gilardi?

CLAU. No puede ser.

PRÁX. ¿Cómo que no? Si me ha dicho el avisador que ha pedido almuerzo para almorzar con ella. ¡Qué suerte tienen los tenores! (Vase izquierda.)

LIDA ¡Lo que yo me temía! ¡Lo que yo me temía! (Va hacia la izquierda.)

CLAU. (La detiene.) ¿Dónde va usted?

LIDA ¡Déjem!

CLAU. No, Lida, no; sosiéguese, cálmese.

LIDA ¡Yo no canto más con él!

BUS. (Aparte.) Hay que arreglar esto. (Vase izquierda.)

LIDA ¡Infame!

CLAU. Un artista del talento de usted debe saber dominarse. No es cosa de que dé usted un escándalo y que lo publique la prensa.

LIDA Es verdad.

CLAU. Además, ese joven tiene la propiedad de equivocarse siempre.

LIDA Ese joven no se ha equivocado, no.

ESCENA XV

DICHOS. DIEGO por izquierda

DIEGO Lida, ¿no viene usted a pasar el dúo?

LIDA Que lo ensaye la que ha de almorzar con usted.

- DIEGO ¿Almorzar conmigo?
LIDA Sí, no se haga usted el inocente.
CLAU. Le han dicho que ha encargado usted almuerzo para usted y la Leonardini. ¿Le parece a usted qué calumnia? (Vase segunda derecha)
- DIEGO ¿Eso le han dicho?
LIDA Eso.
DIEGO ¿Y usted ha creído semejante falsedad?
LIDA A cierra ojos.
DIEGO Por Dios, Lida, si jamás he hablado con esa Leonardini; si, precisamente, Busquets ha querido presentármela y me he negado; ¿cómo quiere usted que sea cierta la patraña del almuerzo?
- LIDA Mire usted, amigo Gilardi; no sigamos haciendo comedias fuera del escenario y hablemos con toda claridad: yo le di palabra formal de casarme con usted cuando me retire del teatro, que ya no tardaré...
- DIEGO Y yo soy feliz con esa esperanza porque la amo a usted, Lida; se lo he dicho mil veces.
- LIDA Y otras mil me ha demostrado usted lo contrario; con que terminemos de una vez.
- DIEGO No, amiga Lida.
LIDA Sí, amigo Gilardi. Todo puede perdonarse menos la ingratitud. Yo fui quien le abrí las puertas de un mundo desconocido para usted, de un ambiente contra el que usted predicaba; yo le instruí en costumbres de buen tono, le enseñé maneras distinguidas y a expresarse con finura y corrección.
- DIEGO Perdóne usted; yo siempre me expresé con corrección.
- LIDA Menos cuando decía usted *impresmeable y diferenciencia*. Y en vez de agradecimiento, sólo he conseguido despertar en usted un ansia de flirteo y de aventuras que le secan el alma y le alejan de mí cada vez más; porque hace el amor a cuantas le gustan, que no son pocas: y en cada población donde cantamos tiene usted algún amorío.
- DIEGO Es usted injusta conmigo; a ver, ¿a qué mujeres me ha visto usted hacer el amor?
- LIDA No pueden contarse.
DIEGO Cíteme una.
LIDA Últimamente en Bilbao, cuando cantába-

mos algún dúo *apasionatto* me abrazaba usted a mí, pero, mientras tanto miraba a una señorita que estaba en un palco.

DIEGO

¿A qué señorita?

LIDA

A la de Arrigoitia.

DIEGO

A la de... ¿cómo ha dicho?

LIDA

No se lo repito; demasiado lo sabe usted. Ahí tiene un botón para muestra, pero podría citarle una botonadura completa.

DIEGO

Ah... sí..., ahora me ha hecho usted recordar: a esa señorita de Bilbao le dediqué dos o tres arias, pero fué porque supe que era una admiradora mía... dentro del arte, se entiende.

LIDA

Y porque es millonaria; un gran partido para usted.

DIEGO

No, Lida, no; ni me acordaba ya de semejante señorita y probablemente no volveré a saber de la tal Merceditas Arrigoitia.

LIDA

Ah, vamos; se llama Merceditas... ¿Y de qué sabe usted que se llama Merceditas?

DIEGO

De... de oírlo.

LIDA

Nada, nada; devuelvo a usted su palabra, yo retiro la mía y esta tarde me marchó; y el dúo que lo cante otra con usted.

ESCENA XVI

DICHOS. Por izquierda BUSQUETS. DON CLAUDIO, por segunda derecha

BUS.

¡Don Claudio!

CLAU.

¿Qué ocurre? (Saliendo.)

BUS.

¿Dónde está ese joven que ha dicho lo de Gilardi?

CLAU.

En el limbo.

BUS.

Si lo cojo lo mato. Gilardi ni tan siquiera ha saludado a la Leonardini.

LIDA

¿Y esa con quién estaba hablando en un rincón del escenario? ¿Qué hay de eso?

BUS.

La portera del teatro; nada, una vieja.

DIEGO

Una vieja, para pedirle que no deje de alfombrar mi camerino y de poner flores en el de usted.

LIDA

(A Busquets.) ¿Y el almuerzo que ha pedido para dos?

BUS.

No, señora: para tres; él, usted y el Conde.

- DIEGO (A Lida.) ¿Se convence usted?
BUS. Ese joven es un baliga balaga.
DIEGO (Cariñoso.) ¿Lo ve usted, Lida? La eterna sospecha. Sabe usted cuan grande es el afecto que la profeso y profesaré siempre; se lo tengo ofrecido, y el hombre no debe faltar a su palabra sin motivo.
LIDA Nunca falta un motivo para faltar a una palabra.
BUS. Vaya, señora Gonzalas; vuelvan ustedes las pasas.
CLAU. Claro, hombre: borrón y cuenta nueva.
LIDA No; eso de cuenta nueva no se lo consentiré.
DIEGO Ni yo daré motivo.
LIDA ¿Me lo promete? (Con zalamería.)
DIEGO Se lo prometo. (Idem.)
LIDA ¿Vamos a ensayar el dúo?
DIEGO Vamos.
LIDA Permesso.
DIEGO Permesso. (Vase por la izquierda, con Lida, muy amartelados.)

ESCENA XVII

DON CLAUDIO y BUSQUETS

- CLAU. Pasó la borrasca.
BUS. Pero ya tenemos otra en la lontanansa: los segundos violines quieren ganar tanto como los primeros; y los primeros quieren ganar tanto como el director de orquesta.
CLAU. Todos directores.
BUS. Sí, señor.
CLAU. ¿Supongo que los coristas querrán ganar lo mismo que Gilardi?
BUS. No me lo han dicho pero ya estoy con la mosca en la oreja; y encara hay otra cosa peor. Sabe usted que todas las coristas que traigo son jóvenes y guapas. Pues bien; ahora me exigen que, además de las jóvenes que tengo, tome ocho coristas viejas; y que si no las tomo me buecotan.
CLAU. Pues, las toma usted, y en paz.
BUS. Oh, lo de menos es admitir esas ocho momias, pero verá usted como protestan los señoritos abonados a las plateyas pruscenio.

Y los músicos me exigen que meta dos guitarras en la orquesta. ¡Ay carat! ¡Opera con guitarra! ¿Dónde se ha visto?

ESCENA XVIII

DICHOS. El CONDE por la izquierda

CONDE Signor impressario.
CLAU. ¿Qué pasa?
CONDE Non e possibile ensayar.
BUS. ¿Y par qué no se puede ensayar?
CONDE Questi maledetti carpinteros si están clavando decoracione e pum, pum con il martello; e il direttore e nervoso e non puede dirigire, e non si puede ensayar, e si non si ensaya l'ópera da questa noche será un particcio e il público fischiará e avrá ragione di fischiare.
CLAU. (A Busquets.) Diga usted a Gaudencio que venga.
 (Vase Busquets, por la izquierda.)
CONDE ¿Chi e Gaudensio?
CLAU. El carpintero jefe de los tramoyistas. ¿Se ha quejado usted a él?
CONDE Sí; e mi ha contestado una expresione brutale della mia famiglia.

ESCENA XIX

DICHOS, DIEGO, por izquierda; luego, FELISA, de la segunda derecha

DIEGO Los carpinteros se empeñan en seguir enlistonando; de modo que no es posible la prova.
CLAU. Todo se arreglará.
FEL. Señor Gilardi.
DIEGO ¡Oh, Felisa! (Va hacia Felisa; ella se retira con dignidad.)
FEL. No le conozco a usted. Aquí tiene: quinientas. Mil. Mil quinientas, y dos mil. (Ha ido echando sobre la mesa los paquetes de billetes, evitando que Diego los tomase de sus manos.)
DIEGO El que no me quiera usted conocer, no es

motivo para que me dé las cosas como a los malabaristas.

FEL. Tiene usted razón: ahora hay que servirle las cosas en bandeja de plata. (Vase por la segunda derecha)

DIEGO (Riendose.) Está bien. Don Claudio; voy a firmar unas postales. (Se sienta a la mesa de frente al público.)

ESCENA XX

DICHOS, GAUDENCIO, por la izquierda

GAUD. ¿Qué se ofrece?

CLAU. Pero, hombre, Gaudencio; ¿cómo queréis que ensayen con el ruido de los martillazos?

GAUD. A los martillos, no les vamos a poner sordina.

CONDE. Io non digo di poner sardina; ma osté non tiene cabeza per pensar.

GAUD. Más que usté.

CONDE. Osté debe comprender que non si puede ensayar con ruido di martello.

GAUD. Se taponan usté las orejas.

CONDE. ¡Andate o diávolol

GAUD. ¡Vaya usté más allá!

CONDE. (Aparte.) Non voglio argumentare con questo rinoceronte. (Vase por la izquierda.)

ESCENA XXI

DON CLAUDIO, DIEGO, GAUDENCIO. Por segunda derecha FELISA, a su tiempo

DIEGO. ¿No podeis enlistonar después del ensayo?

GAUD. No, señor; son muchas decoraciones, y la jornada de ocho horas acaba a las cinco de la tarde.

DIEGO. ¿Qué tiene que ver eso? Por un día, podeis acabar a las nueve.

GAU. Como poder, sí que podemos, pero no nos da la gana.

DIEGO. Eso es una falta de consideración a don Claudio, que os da de comer.

GAU. Oye tú, macarronini; no te pongas soberbio-

- so. que no era eso lo que predicabas hace seis años cuando le dabas a la garlopa.
- DIEGO. Ni lo predicarías tú si encontrases algún medio para dejar la herramienta.
- GAU. Seguiría siendo el mismo.
- DIEGO. En seguida ibas a tener, ni tú ni nadie, callos en las manos poseyendo una voz como la mía.
- GAU. Yo soy siempre del mismo color; no soy de los que se destiñen como Diego. Y eso está muy mal. Hay que ser constante y firme con las ideas que nos nacen aquí dentro. (En la frente.)
- DIEGO. No es ahí dentro donde nacen las ideas; las ideas vienen del exterior, del ambiente en que se vive; por eso variamos de pensar según las circunstancias; y las ideas, como las teorías, se inventan para defender aquello que más nos conviene a cada uno.
- GAU. Antes, a eso le llamabas «el maldito egoísmo.»
- DIEGO. Ahora le llamo «bendito.» ¿Qué seríamos los hombres sin egoísmo? Plantas; seres sin estímulos ni aspiraciones que nos empujara a realizar grandes empresas.
- GAU. Ahí tienes a Diego, Felisa. ¡Cómo cambian los tiempos! ¿Verdad?
- FEL. Los tiempos cambian, pero los hombres no cambiais. Sois los de siempre: unos y otros vais a lo mismo, aunque por diferente camino. Ninguno queréis continuar siendo lo que sois, ni seguir donde estáis. No comprendéis que tú en la maquinaria, Diego cantando y yo en la taquilla tenemos la misma importancia, y conservando nuestro sitio trabajamos por el bien general; pero todos queréis ser poderosos, todos gobernantes, y eso es tan ridículo, tan imposible, como si todos los habitantes de una nación quisieran ser zapateros, con lo cual sólo conseguiréis desorden y confusión, como quien da saltos en la obscuridad.
- GAU. Las mujeres no entendéis de estas cosas; sois... feministas
- CLAU. Anda, Gaudencio, a ver si hay algún arreglo.
- GAU. Voy a conferenciar con los compañeros, a ver qué determinan.

- DIEGO Trabajar lo que sea preciso; no hay más determinación.
- GAU. (Aparte.) Macarronini. (Vase izquierda.)
- DIEGO Gracias, Felisa; has estado admirable. (Se levanta y va hacia ella.)
- FEL. Ya le he dicho a usted que no le conozco. (Vase segunda derecha.)

ESCENA XXII

DICHOS; por la izquierda, PRÁXEDES

- PRAX. ¡Señores, qué escándalo! Ha llegado el criado del restorán con el almuerzo; la Leonardini ha dicho que era para ella y para Gilardi, y la Lida le ha metido una bofetada.
- CLAU. ¿Al camarero?
- PRAX. Quiá; a la Leonardini. Es decir, no sé si ha sido una bofetada; no, no; han sido dos, han sido dos.
- CLAU. ¡María Santísima!
- PRAX. (En la segunda derecha.) A ver, mi butaca; fila diez, número siete.

ESCENA XXIII

Los MISMOS. Por izquierda, SARA

- SARA Ya puede usted buscar otra que baile.
- CLAU. Calma, señorita, calma.
- SARA ¡Ponerme la mano encima esa voz de gata constipada! ¡Le ha de costar carol!
- DIEGO ¿A dónde va usted?
- SARA A dar parte al Juzgado. Queden con Dios. (Vase primera derecha.)

ESCENA XXIV

DICHOS; por izquierda, LIDA y CONDE

- LIDA Señor empresario; o la Leonardini o yo.
- CLAU. Usted y nada más que usted.
- LIDA Y en cuanto a Gilardi, yo no canto más con él; no, no y no.
- DIEGO (Procura calmarla.) Por Dios, Lida.

CLAU. (Aparte al Conde.) ¿Le ha pegado Lida a la Leonardini?
CONDE Due bofetada da Padre Eterno.
LIDA (A Diego.) ¡Déjeme usted!
DIEGO Precisamente he venido a decir a don Claudio que yo no canto si no despiden a la Leonardini.
CLAU. Y la Leonardini ha sido despedida.
LIDA Ah, eso yo no lo sabía.
DIEGO ¿Lo ve usted?
LIDA Basta; cantaremos juntos.

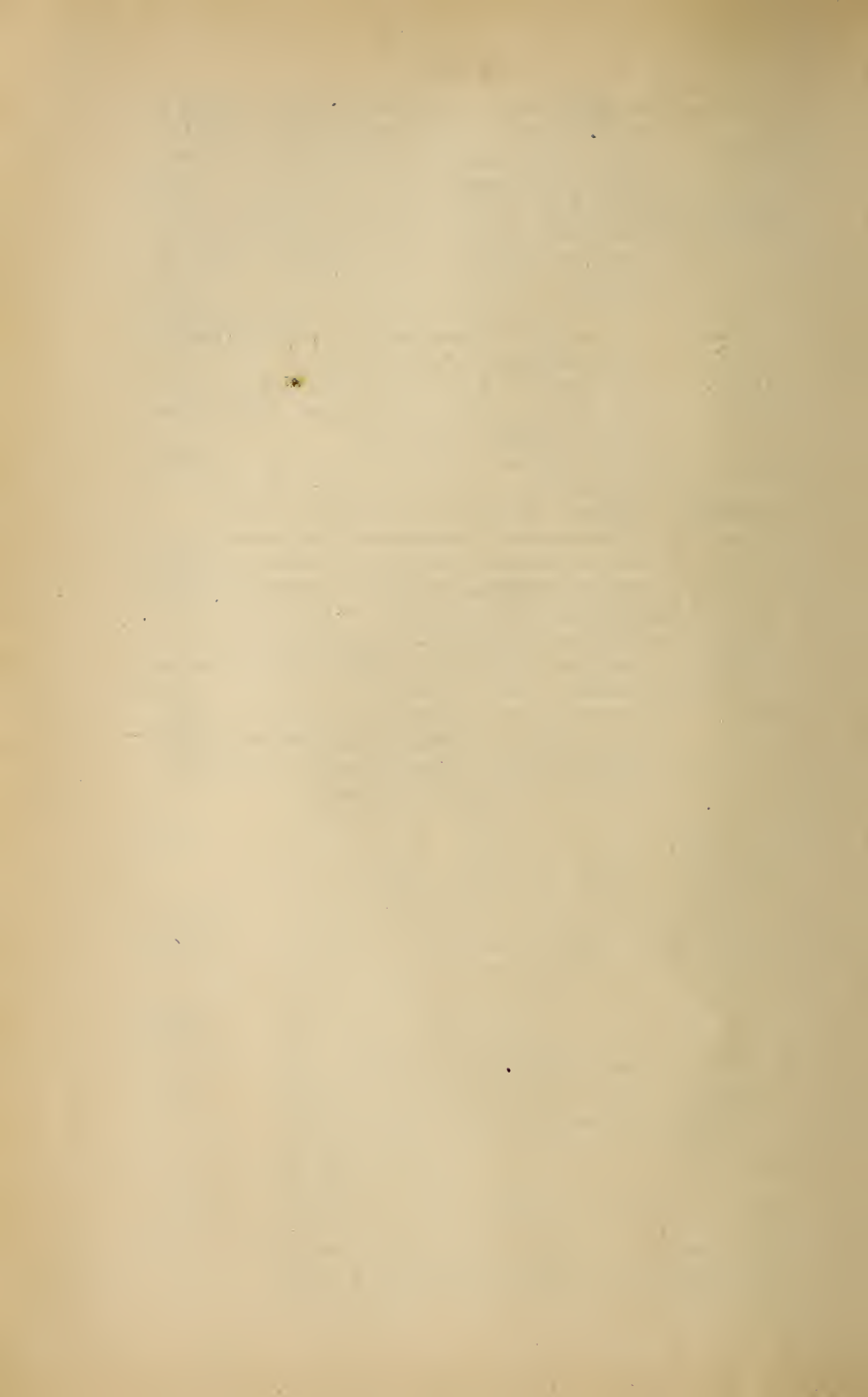
ESCENA XXV

Los MISMOS; BUSQUETS, por la izquierda

BUS. ¿Qué pasa?
CLAU. Ya está todo arreglado.
PRÁX. (Con una postal que ha cogido de encima de la mesa, va hacia Diego,) ¡Qué bien está Gilardi! Esta postal para mí; es decir, no, no, que está dedicada a una señorita.
LIDA ¿A una señorita? (Corre a coger la postal, pero antes la coge Diego y la rompe.)
DIEGO (A Práxedes) ¿Qué ha hecho usted?
(Don Claudio agarra a Práxedes por el cuello y lo echa por primera derecha.)
BUS. ¡Máteulol (Por Práxedes.)
LIDA (Corre a la mesa y coge las otras postales. Lee.) «A Mercedes de Arrigoitia, mi único y eterno amor.» ¡Niéguelo ahora, niéguelo!
CONDE (Aparte.) Questo e una eruzione del Vesubio.
DIEGO Pues bien, sí; no debo negarlo: Amo a esa señorita y sueño con las delicias de un hogar tranquilo y apacible.
LIDA ¡Con la de Arrigoitia!
DIEGO ¿Por qué no? Antes me ha dicho usted que todo ha terminado entre los dos.
LIDA Ahí tienen ustedes; el que predicó contra el maldito capital, ahora sueña con los millones ganados por un acaparador. ¡Buena enseñanza! ¡Buena!
DIEGO Sueño en unirme a una mujer que no me atormente lo que usted.
LIDA Y que le convenga más; para retirarse del teatro y continuar viviendo a lo grande. Cátese, cátese con la millonaria y pierda su

- condición de hombre; ella será el marido y usted la esposa de su mujer. ¡Muy bonito!
- DIEGO No quiero contestarle a usted. Queden con Dios. (Medio mutis.)
- BUS. ¡Ehl! ¡Alto! ¿Y el ensayo con la Lida?
- LIDA Señor empresario; yo no puedo cantar; me vuelvo a Madrid; estoy enferma. (Cae en un asiento.)
- CLAU. Pues yo ya estoy cansado de templar gaitas; se acabó la temporada. Voy a despedir a los músicos. (Vase izquierda.)
- DIEGO Me alegro; así queda rescindido mi contrato por fuerza mayor. Queden con Dios. (Vase primera derecha.)
- BUS. (Anonadado, sentado de codos en la mesa.) ¡Bona temporada!
- CONDE ¡Malatal! ¡Poverina; non piangiate piú!
- LIDA (Transición. Se levanta resuelta.) No, señor; ni estoy enferma, ni lloro ni me aflijo. Afligirse por lo presente es perder lo presente y el porvenir. ¡A triunfar, a gozar de la vida! Vámonos, Conde. (Vase primera derecha.)
- CONDE Andiamo. ¡Signori, a rivedercil! (Vase primera derecha.)
- BUS. (Sentado a la mesa y mirando unos papeles de su cartera.) ¡Ah! ¡Las cinco mil pesetas de préstamo! (Vase corriendo primera derecha, gritando.) ¡Gilardil! ¡Gilardil! ¡Ascolti! (Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO





ACTO TERCERO

La misma decoración que en el primer acto, con algún detalle de más o de menos. Es el principio de una noche de invierno. La luz de la tienda alumbra medianamente en las primeras escenas. No está el piano del primer acto. Es una noche de otoño.

ESCENA PRIMERA

FELISA está acabando de colocar unos madroños a una pandereta, y unas cintas de colores nacionales a unas castañuelas. DON CLAUDIO, de la derecha

CLAU. Hola, Felisa. (Se coloca detrás del mostrador y escribe de pie.)

FEL. Oiga usted, don Claudio.

CLAU. ¿Qué?

FEL. Habrá que pedir agujas de gramófono, que ya quedan pocas; y resina para los violines.

CLAU. Mañana haremos el pedido.

FEL. Aquí ha estado el coronel de Lanceros a alquilar un piano, ya lo ha escogido, y hemos quedado en veinticinco pesetas al mes.

CLAU. ¿Más los gastos de traslado?

FEL. No, porque ha dicho que mañana enviará cuatro soldados y un cabo para que lo lleven.

CLAU. No lo consentiré yo; lo llevarán los mozos de cuerda que acostumbran a llevar todos mis pianos y saben manejarlos. Cuatro soldados y un cabo son buenos para una guardia, pero no para llevar un piano.

FEL. Ya se lo dije yo.

- CLAU. ¡Vaya una lucecita que nos está largando la fábrica eléctrica!
- FEL. Hasta hace poco he tenido que alumbrarme con velas. Bueno está todo: el azúcar no endulza, la sal no sala, y la luz no alumbra. No sé dónde iremos a parar.
- CLAU. No hagas caso: eso es que la humanidad progresa; que se perfecciona.
(Un REPARTIDOR entreabre la puerta de la calle y arroja un prospecto que Felisa recoge del suelo.)
- CLAU. ¿Qué es eso?
- FEL. (Recoge el prospecto y se reúne con don Claudio.) El prospecto del teatro Euterpe. (Lee.) «Debut de Mesalina, reina de las cupletistas, creadora del cuplé titulado: *Eche usted palante, so morral*.
- CLAU. ¿Qué te parece? Me pidió permiso para que su maestro le enseñara ese cuplé en un piano de los de ahí dentro y... ¡dos meses, para metérselo en la cabeza! Y ahora me sale con que ella es la creadora del *Eche usted palante, so morral*.»
- FEL. Ella sí que debía echar por otro camino y venirse a la cocina de esta casa, que llevan ustedes seis meses sin cocinera. (Vuelve a su puesto.)

ESCENA II

DICHOS. Por el foro SEÑORITA LIBORIA acompañada de una MISS.

- LIB. Buenas noches.
- CLAU. Servidor.
- LIB. De parte de mi mamá, a ver si nos querrá usted hacer un favor.
- CLAU. No sé si tengo el gusto de conocer a su mamá.
- LIB. Vaya si la conoce usted: la señora de Peñafiel de los Altos Cerros.
- CLAU. Ah, sí; la señora de Peñafiel de los Altos Cerros. ¿Y en qué puedo servirla?
- LIB. Miss, ¿ha traído la pieza de música?
- MISS. Yes. (La entrega.)
- LIB. Venimos a devolver esta pieza para piano.
(Con zalamería.)
- CLAU. ¿Qué es?
- LIB. *El Soldado de Nápoles*, que compramos aquí.

- CLAU. ¿Cuándo?
- LIB. Me parece que fué por Navidad, ¿verdad, Miss?
- MISS Yes.
- CLAU. Hace nueve meses.
- LIB. Sí, señor, pero después de aprendida no me gusta y dice mamá que si nos la cambiara usted por otra que cueste dos cincuenta como esta, se lo agradeceríamos.
- CLAU. Ya lo creo; no faltaba más... ¿Por qué pieza la quiere usted cambiar?
- LIB. Por una que sea muy nueva.
- CLAU. Aquí tiene usted; el caplé nuevo, con una letra preciosa. (La saca del escaparate.)
- LIB. El título ya me gusta: *Eche usted palante, morral*.
- CLAU. Cánteselo a su papá, verá co no también le gusta.
- MISS Oh, yes, yes.
- CLAU. Perdone la curiosidad, señora; ¿es usted del mismo Londres?
- MISS No, señor; soy de Logroño.
- CLAU. (Aparte.) ¡Atiza!
- LIB. Vámonos, Miss. Muy agradecidas.
- CLAU. Y si dentro de un par de años no le resulta, venga y se lo cambiaré por otra cosa; y así sucesivamente.
- LIB. Muchas gracias.
- CLAU. De nada.
- LIB. Es usted muy amable. (Vase, foro, con la Miss.)
- CLAU. Y usted muy simpática. Adiós, Miss, recuerdos a Trevijano. (A Felisa.) ¿Qué te parece? ¡A cambiar una pieza comprada hace nueve meses! Las señoras de Peñafiel de los Altos Cerros! ¡Se necesita cuajo!
- FEL. Usted tiene la culpa, por cambiársela.
- CLAU. Y se la cambiaré mil veces que vuelva. Así la ayudaré a ponerse en ridículo. (Va al mostrador. Pequeña pausa.) ¿Sabes con quién estuve hablando esta tarde?
- FEL. Me figuro que se referirá usted al mismo que yo he tenido el disgusto de ver esta mañana, a Diego.
- CLAU. ¿Y hablaste con él?
- FEL. ¿Yo? No me haga usted tan poco favor. ¿Qué había de hablarle yo! Pasé por su lado sin mirarle. Después de su comportamiento conmigo, juré no volverle a mira a la cara.

- CLAU. Pero así que pasó por tu lado y estuvo a distancia, te volverías para mirarle por la espalda.
- FEL. Por curiosidad nada más; créame usted; y me pareció que no iba tan bien trajeado como antes.
- CLAU. Iría en traje de mañana a la *negligé*; o que hará algún tiempo que no tiene contrata. Como es un derrochador y un vicioso, así que está un par de meses sin cantar, la falta de recursos le sale a la cara. Eso es muy frecuente entre los artistas.

ESCENA III

DICHOS. Por el foro PRAXEDES, lleva vendado el carrillo izquierdo

- PRÁX. Don Claudio, deme usted la enhorabuena.
- CLAU. Sepamos por qué.
- PRÁX. Me van a hacer Académico de la Historia.
- CLAU. ¿De la Historia Sagrada?
- PRÁX. No, señor; de la otra.
- CLAU. Será por sus trabajos en el Museo Provincial que todavía está en proyecto.
- PRÁX. No sea usted mordaz. Es por una memoria que he escrito acerca de la historia del baile.
- CLAU. Será cosa divertida.
- PRÁX. Muy curiosa: Apolo bailó con las musas. David bailó delante del Arca de la Alianza. Colón bailó al desembarcar en América.
- CLAU. ¿Está usted seguro que Colón?...
- PRÁX. No estoy seguro. Pero supongo que bailarían de contento.
- CLAU. ¿Y no cita usted a San Vito y a San Pascual Bailón?
- PRÁX. No, señor; a Felipe III que bailaba muy bien la zarabanda, la chacona y el avilipinti. Y termina la memoria con el baile de moda: el orangutango que hoy se baila en los salones aristocráticos y en el Riz y en el Palas de Madrid.
- CLAU. ¿Pero hay un baile que se llama el orangutango?
- PRÁX. Sí, señor; última creación del director del jardín de animales y plantas de París.
- CLAU. ¿Y a qué otra persona le ha contado usted esos datos históricos?

- PRAX. A nadie más que a usted. (Está con el lado izquierdo hacia el público.)
- CLAU. Entonces, ¿de qué tiene usted hinchado ese carrillo?
- PRAX. De un flemón; no tiene importancia. Voy a llevar las pruebas a la imprenta donde están tirando mi Memoria. Mi papá me ha escrito que el Ministerio de Fomento me comprará la edición. (Medio mutis foro.)
- CLAU. Que sea enhorabuena.
(Felisa ha venido detrás del mostrador y envuelve unas cajas de cilindros para pianola.)
- PRAX. Gracias. ¡Ah! Gilardi vino ayer a mi casa con la pretensión de que yo le recomendase a mi padre para que el Gobierno le diese un destino. Yo le dije: «Pero, criatura, si usted apenas sabe escribir». Y me dice: «Tiene usted razón, pero lo que yo pretendo es un destino de esos que no se hace más que cobrar.» «Pero, ¿de dónde ha sacado usted que hay destinos en que se cobra y no se hace nada? A ver, cíteme usted uno.» Y con todo descaro del mundo, me contesta. «El destino que usted tiene.»
(Felisa presta atención al diálogo.)
- CLAU. ¡Qué atrocidad!
- PRAX. Y hasta me llamó sanguijuela de la Nación.
- CLAU. No haga usted caso; ese Gilardi es tan groserote que llama a las cosas por su verdadero nombre.
- PRAX. Sí señor; pero no por eso le guardo mala voluntad; la prueba es que yo le agradecería a usted que le hiciera un favor a Gilardi.
- CLAU. ¿Cuál?
- PRAX. Que le prestase usted cincuenta duros.
- CLAU. ¿Y para qué quiere usted que yo le preste cincuenta duros a Gilardi?
- PRAX. Porque... me los debe y el pobre no sabe cómo devolvérmelos.
- CLAU. Amigo mío; usted llegará a Ministro.
- PRAX. Eso dice mi padre.
- CLAU. Será usted un ministro de Hacienda admirable.
- PRAX. ¿Y prestará usted esa cantidad a Gilardi?
- CLAU. ¿Qué duda cabe?...
- PRAX. Muchas gracias. Adiós. (Vase foro.)
- CLAU. ¡Qué duda cabe... que no se las prestaré!
(Pasa detrás del mostrador. A Felisa que ha vuelto a

la derecha.) ¿Has oído? Tanto como Diego predicó contra la empleomanía y ahora anda tras de un destino para pasearse.

FEL. Querrá dejar el teatro.

CLAU. Se conoce.

FEL. ¡Ahí está Diego!

CLAU. ¿Dónde?

FEL. Mirándonos por el escaparate... ¡Ya viene!
¡Permítame marcharme arriba! ¡No quiero verle!... ¡Le aborrezco! (Vase, derecha.)

ESCENA IV

DON CLAUDIO. Por foro DIEGO, con gabancito de entretiempo y sin el peinado de artista

DIEGO Buenas noches, don Claudio.

CLAU. ¿Qué dices de bueno?

DIEGO Poca cosa. ¿Y Felisa?

CLAU. Está arriba.

DIEGO Huye de mí...

CLAU. No sé. (Indiferente.)

DIEGO Sí, huye de mí; lo he visto a través de esos cristales. Esta mañana la encontré en la calle, quise saludarla y ella esquivó el saludo. Yo no merezco tanto desprecio.

CLAU. ¿Qué has de merecer tú ese desprecio! Lo que mereces es que Felisa te compre dulces.

DIEGO No se burle usted, don Claudio. Durante mi vida artística conocí y hasta creí amar a otras mujeres, pero las imágenes de éstas se han desvanecido y ahora revive en mí el amor de Felisa, mi verdadero amor, porque fué el primero. De esto quiero convencerla.

CLAU. No lo conseguirás.

DIEGO Sí, porque le demostraré que los hombres somos hijos de las circunstancias; éstas han cambiado... y vuelvo a ser el mismo de antes.

ESCENA V

DICHOS. LIDA por el foro

LIDA

(Abre la puerta del foro y, desde ella, dice sonriente y medio cantando) Bona sera, miei signori.

- DIEGO (Aparte.) ¡Lida! (Se retira a la derecha y se hace el distraído mirando unos papeles de música.)
- CLAU. ¡Señora Condesa!
- DIEGO (Aparte.) ¡Condesa!
- LIDA Me han dicho que dejó usted de ser empresario.
- CLAU. Me quedé sin calzoncillos, amiga Lida. Una y no más. ¿Y usted, cómo por España?
- LIDA Sentía la nostalgia de mi tierra y he venido a pasar aquí una temporada. Quiero volver a visitar las artísticas antigüedades que guardan Toledo, Granada, Burgos y otras muchas poblaciones; y estrechar la mano a los buenos amigos que en España dejé... incluso a Gilardi, que se está haciendo el sueco para no saludarme. (Se lo dice a Diego.)
- DIEGO Señora... yo... buenas ganas sentía de saludarla, pero, la verdad, no me atrevía.
- LIDA Ya sabe usted que no soy rencorosa, debemos perdonar siempre a los demás; a quien nunca debemos perdonar es a nosotros mismos. (Le da la mano.)
- DIEGO He oído que don Claudio la llamaba a usted «Condesa».
- CLAU. Porque lo es. Siéntese, Lida.
- LIDA Cuando me retiré del teatro me casé con mi maestro de canto, el Conde de Scarlatti, a pesar de su edad, por ser el único de mis pretendientes que aceptó el unirse a mí en la forma que yo entiendo el matrimonio.
- CLAU. No será a lo bolchevique. (Sentado a la izquierda de Lida.)
- LIDA No, señor: con todos los requisitos civiles y eclesiásticos, pero continuando nuestra vida de solteros. Si los esposos habitan bajo el mismo techo, caen demasiado pronto en la prosa de la realidad; se presentan con descuido en el vestido y en el tocado, y lo peor es que sólo acostumbran a hermosearse para las personas extrañas. Eso de vivir siempre juntos es aburrido, y el aguantarse los defectos por obligación es insoportable.
- DIEGO ¿Y dónde viven ustedes ahora? (Sentado a la derecha de Lida.)
- LIDA En Milán; el Conde en su casa, y yo en un lindo hotelito con aspecto de fortaleza castellana, con su torrecita, donde, en días señalados, se iza la bandera española, y en la

puerta un cañoncito que el portero dispara siempre que entro y salgo.
 CLAU. Lo mismo hacía la Nilson.
 LIDA Cuando se me antoja, convido a mi esposo a almorzar en mi casa; otras veces me convida él a la suya, y somos felices porque tenemos las ventajas de los casados y de los solteros, sin ninguno de los inconvenientes de los solteros ni de los casados.
 CLAU. ¡Cuánto siento no haber hecho yo lo mismo!
 LIDA Hace dos semanas, cuando salí de Milán, ni se lo consulté a mi esposo: le envié una tarjeta diciendo: «Se despide para España, Lida». Y cuando yo iba a tomar el tren, llegó a la estación el Conde que venía a despedirse y a traerme un ramo de flores y una cajita de bombones para el camino; amabilísimo como el más enamorado de los pretendientes. (A Diego.) ¿Se hubiera usted casado conmigo en esas condiciones?
 DIEGO De ninguna manera.
 LIDA Pues ya ve usted si hicimos bien en echar cada uno por su lado. ¿Y qué vida lleva usted? Hace tiempo que no suena su nombre.
 DIEGO No le extrañe, Lida.
 LIDA ¿Ya no canta?
 DIEGO Continúo cantando, pero ya no entusiasmo a los públicos, ni mucho menos.
 CLAU. Todavía se defiende, todavía.
 LIDA Triste cosa para un cantante: *defender* las notas en vez de *atacarlas*.
 DIEGO ¡Y tan triste! Por eso las contratas escasean; ya ve usted, ni Busquets ha querido contratarme para la compañía que está actuando en esta población, y eso que me ofrecí por bien poco.

ESCENA VI

DICHOS. BUSQUETS por el foro

BUS. (Asomado.) ¿Qué, está aquí Gilardi?
 DIEGO Sí: pase usted. (se levantan.)
 BUS. (Corre hacia Diego.) Ascolti; ¿que li cunvandria una cuntracta de vente funksiones?...
 LIDA ¿Cómo va, Busquets? (Con guasa.)
 BUS. Bien, gracias. Dispensi, Lida. (A Diego.) ¿Que-

li cunvandría una cuntracta de vinte fun-
siones para el Gran Teatro?...

CLAU. Buenas noches, amigo Busquets. (Con guasa.)

BUS. (A don Claudio.) Dispensi. (A Diego.) ...¿Vente
funciones an al Gran Teatro de Lisboa?

DIEGO Ya lo creo; encantado.

LIDA ¿De primer tenor?

BUS. Sí, sañora, de primer tenor, pero an terser
lugar, porque llevo dos tenores de fuersa
dalante de él. Total: que la cumpañía ya la
tengo completa, no me hase falta nadie,
pero de pronto me hi recordado del amigo
Gilardi y me hi dicho: voy a contratarlo.

DIEGO Pues no hay más que hablar.

BUS. Cundisiones: an al dabut de la cumpañía,
o sea la primera noche, ustet cantará *Lohen-
grin*.

DIEGO ¿Cree usted que todavía puedo cantar esa
ópera?

BUS. Sí, hombre, sí.

LIDA ¿Usted no ha cantado nunca en ese teatro?

DIEGO No, señora.

LIDA Pues ande con ojo.

BUS. (A Diego.) No haga ustet caso: al día dal da-
but, una purga, unos padiluvios con mus-
tasa, y vengan pulverisaciones de clorato, y
no pasi cuidado, yo se lo garantiso... Ah, y
una untura de belladona a las almígdalas.

CLAU. Y un parche de pez en la nuca.

BUS. ¿Qué dise de un parche de pes a la nuca?

CLAU. Es lo que se pone Anselmi, ¿verdad?

LIDA Y Caruso. (Riendo.)

BUS. ¡Ca, hombre! Eso se lis pone a los perros
que tienen moquillo. ¡Qué me van a contar
a mil

DIEGO ¿Y sueldo?

BUS. Un sueldo magnífico: cincuenta mil reis.

DIEGO ¿Cuánto son cincuenta mil reis?

LIDA Tres pesetas.

CLAU. No, señora, mucho más; tres pesetas y
media.

BUS. No lis haga caso, que vienen con romansos.

DIEGO Bueno; luego iré por el teatro y convendre-
mos las condiciones.

BUS. Pues corro a los teléfonos, a telefonisar que
añidan el nombre de usted a la llista de
la cumpañía. (Medio mutis foro.)

LIDA Adiós, Busquets. (Con guasa.)

CLAU.

BUS.

Vaya usted con Dios. (Idem.)

Ay, dispensin, buenas noches tingan ustedes... Estas cosas del teatro me tienen una mica trastornado. Adiós. (Vase foro corriendo.)

ESCENA VII

DON CLAUDIO, LIDA y DIEGO

DIEGO

¡Gracias a Dios! Ya tengo contrata.

LIDA

¡Pobre Gilardi!

DIEGO

¿Por qué?

LIDA

¡Pobre Gilardi!

DIEGO

¿Qué quiere usted decir?

LIDA

No admita usted esa contrata, por mucho que le ofrezcan.

CLAU.

¿Por qué no ha de admitirla?

LIDA

Yo conozco muy bien el gran teatro de Lisboa. El público es muy inteligente, pero tiene el gusto o el capricho de silbar un tenor en cada temporada, y vea qué cosa más singular: una vez silbado un tenor, deja en paz a los demás cantantes aunque sean peores que el tenor protestado. Así es que todo empresario, después de tener completa la compañía, busca un tercer tenor para echarse-lo a las fieras.

CLAU.

Pues sí que es un publiquito.

DIEGO

¿Es posible? ¿Cree usted que han venido a contratarme para eso?

LIDA

Va usted a Lisboa para la primera noche nada más.

CLAU.

A estas horas ya tiene Busquets preparadas las estopas que ha de meterte en la cornada que te vas a llevar.

DIEGO

¡Oh, qué humillación! ¡Qué vergüenza! ¡A ese Busquets tengo que abofetearle...

CLAU.

Mal hecho: Busquet es un empresario que da lo que el público le exige.

LIDA

No vaya usted a Lisboa y haga lo que yo: retirarse del teatro antes de que el público le retire.

DIEGO

No tendré más remedio.

CLAU.

Puedes seguir cantando en las Iglesias; allí no silban a ningún tenor.

LIDA

¿Para qué le hace falta, si se casa con la bilbaína?

- DIEGO Eso ya pertenece a la historia: cuando dejé de brillar, su afecto fué apagándose hasta olvidarme para casarse con un viudo millonario, un fabricante a quien llaman «El rey de la alpargata.»
- LIDA Son muchas las señoritas que sienten admiración por los cantantes; mientras ellos son aplaudidos, buscan su amistad, pero no por amor, sino como objeto decorativo. Son gatitas a quienes agrada jugar con lo que brilla y revolotea, pero ha venido usted a menos, ha quedado el hombre vulgar, y adiós admiración, y adiós entusiasmo.
- DIEGO Pero es mucha crueldad, la de Mercedes; jurarme amor para esto.
- CLAU. ¿Y tú no hiciste lo mismo con la pobre Felisa?
- DIEGO ¿Yo?
- LIDA Usted, sí; el que maldecía de la diferencia de clases, el que predicaba que no debía haber altos ni bajos, cuando se sintió usted encumbrado, le pareció muy poco para esposa aquella honrada obrera que le adoraba.
- DIEGO Usted, el Conde, y la misma Felisa se empeñaron en que yo cantase, de modo que no es mía la culpa.
- CLAU. Claro, la culpa la tenemos nosotros.
- LIDA ¿Ya no tiene usted a Felisa? (A don Claudio.)
- CLAU. Sí, pero se ha subido a mi casa por no ver a éste.
- DIEGO He querido reconciliarme con ella, pedirle perdón pero huye de mí como de un apesadado, me odia.
- LIDA ¿Y si yo le hablase? (A don Claudio.)
- CLAU. Sería inútil; Felisa no es de las que dicen una cosa y hacen otra: ha dicho que no le perdona, y no le perdonará aunque se lo pida toda la Corte celestial.
- LIDA ¿Pero es que esa mujer no tiene corazón?
- CLAU. Sí que lo tiene, pero nació en Alcañiz y es una baturrica de aquellas que disparaban cañones. Tengan ustedes la seguridad de que Felisa no baja mientras Diego esté aquí, aunque yo la mande bajar.
- DIEGO Eso es echarme. ¡Felisa era mi última esperanza y me arroja de aquí!
- CLAU. Eso, no; yo soy el dueño de mi casa.
- DIEGO Sí, pero... me marchó. (Emocionado.) Agradez-

co en el alma su buen deseo, Lida; y a usted también, don Claudlo. Muchas gracias... muchas gracias... ya me voy... ya puede bajar Felisa... Le dicen ustedes que no me volverá a ver más. (Medio mutis.)

LIDA. ¿A dónde va usted?

DIEGO. No lo sé... Adiós. (Vase foro.)

CLAU. Ese hombre va a hacer algún disparate.

LIDA. ¿Cree usted?

CLAU. De seguro.

LIDA. ¡Yo lo impediré! (Vase foro, gritando y corriendo.)
¡Diego! ¡Diego!

CLAU. (En el acústico.) Ya se ha marchado Diego; ya puede bajar Felisa.

ESCENA VII

DON CLAUDIO. Por foro ENRIQUETA y GAUDENCIO; este se afeitó el bigote que llevaba en el segundo acto y viste elegantemente

GAUD. Muy buenas, don Claudio.

CLAU. Hola, Gaudencio. ¿Qué hay de bueno? (Detrás del mostrador.)

GAUD. Lo de siempre: cosas de esta, que es de lo más caprichosa, y no hace más que pedir por esa boquita, y tirar de longui.

ENR. No es pa tanto.

(A una indicación de don Claudio, se sienta delante del mostrador, izquierda.)

GAUD. Me está gastando la empastación; se le antojó gramófono, toma gramófono; se le antojó gramola, toma gramola; y ahora vengan discos y más discos.

ENR. Pa no aburrirme por las noches: él se pasa toda la noche en la sala de juego del Casino hasta que Dios amanece, y yo sola en casa haciendo bis a bis con el gato. En algo me tengo de entretener. (Sonriente a Gaudencio.)

ESCENA VIII

DICHOS. FELISA, por derecha

CLAU. ¿Qué discos quiere usted? (A Enriqueta.)

ENR. De Tita Rufo, de Schipa, del maestro Domínguez, y el *Eche usté palante, so morral* cantao por la Mesalina.

- GAUD. No eres tú nadie pidiendo.
ENR. Cualquiera diría que te cuesta mucho ganarlo. (Feria.)
GAUD. No te me revuelvas, que yo te compro a ti, hasta los discos del ferrocarril si te se antojan.
CLAU. Pasen ahí dentro, (Izquierda.) y esta joven les despachará. (Enriqueta y Felisa vanse, izquierda)

ESCENA IX

DON CLAUDIO y GAUDENCIO

- GAUD. Hay que ver cómo han subido los precios de los discos. El oír una voz de cacharro te cuesta doce pesetas. Antes, por dos pesetas, comprabas un disco doble y oías al tenor Destripa, por un lao, y a la célebre Tita Rufo, por el otro.
CLAU. Es verdad; todo tiende a subir, y de eso no debes tú quejarte: antes, eras carpintero del teatro y ahora cobras doce duritos diarios, más las propinas, por tallar en el Casino; no bebes más que Champán y Benedictino; fumas *carunchos* y yo los fumo *baratunchos* conque no te quejes de que todo suba porque tú también te has elevado.
GAUD. Sí, señor; y el que no hace lo que yo es porque no puede, y lo demás son canciones. Además, hay que comprender que las casas de juego cumplimos una misión benéfica, social y humanitaria. Vea usted los miles de duros que mensualmente entregamos a las autoridades para la extirpación de la mendicidad. Vea usted cómo las autoridades reparten ese dinero entre los pobres.
CLAU. Me compraré un anteojo de larga vista para verlo.
GAUD. Usté ya no sube por la sala de juego. (Medio mutis izquierda.)
CLAU. Ni pienso volver a subir.
GAUD. Hay mucha animación; y ahora tenemos tres mesas de ruleta. Venga usté por allí. (Vase izquierda.)
CLAU. Gracias; no me gusta que me pelen con el cero.

ESCENA X

DON CLAUDIO. Por foro LIDA, jadeante

- CLAU. ¿Qué ha pasado?
LIDA (Se sienta.) Salí corriendo tras él, atropellando a cuantos encontré al paso... a una pobre muchacha que iba con una botella, se la rompí... a un guardia municipal que se me puso delante... le pegué un empujón... y lo tiré patas arriba... y la gente, al verme correr, unos me silbaban, otros gritaban: «Ahí va la liebre» y tenían razón porque nunca corrí con tanta velocidad... pero no pude alcanzarle... y se me escabulló por unas callejuelas.
- CLAU. Total: que ha dado usted un espectáculo.
LIDA Me tiene sin cuidado.
CLAU. Menos mal, que ha sido de noche.
LIDA Lo mismo hubiera hecho en pleno día.

ESCENA XI

DICHOS, GAUDENCIO y ENRIQUETA, por izquierda con unos paquetes de discos

- GAUD. Queden con Dios. (Vase foro con Enriqueta.)
CLAU. Adiós, Gaudencio. (A Lida.) Éste predicaba lo que Diego. Ahora es *crupié* y vive a lo grande.
- LIDA Abundan mucho los Diegos.
CLAU. ¡Que si abundan! ¿Se acuerda usted del Tarasio y la Gaspara? Aquéllos dos catetos que hace nueve años entraron aquí pidiendo reclamos de codorniz.
- LIDA Vaya si me acuerdo, y que me reí poco.
CLAU. Pues ahora son dos señores, y la fortuna que tienen se la deben a usted.
- LIDA ¿A mí?
CLAU. Usted les aconsejó lo de enterrar un santo y lo de las aguas milagrosas.
- LIDA Sí, pero fué en broma, y ellos se indignaron.
CLAU. Pues siguieron el consejo, y aunque la Autoridad Eclesiástica desaprobó el hallazgo del santo, Tarasio se las campaneó de ma-

nera que el ventorro se convirtió en posada y la posada en una fonda.

LIDA

¿Y qué santo fué el que enterraron?

CLAU.

Un Garibaldi de yeso, al que le rasparon el goiro y las polainas, y como no se pudo saber qué santo era, resulta que es todos los santos, y le hacen la fiesta el primero de Noviembre.

LIDA

Pues no me voy de España sin ir a verlo.

CLAU.

No vaya usted, que la desplumarán. Aunque no se tomen las aguas, las dan por tomadas y las cobran, porque dice que en la cocina de la fonda guisan con ellas. A mí me pusieron cincuenta pesetas de más en la cuenta; reclamé y me dijo Tarasio que aquel cincuenta era el número de mi cuarto.

LIDA

¿El número de su cuarto?

CLAU.

Costumbre del establecimiento: sumar el número del cuarto en la cuenta. Y no vale pedir el número uno, porque la numeración empieza en el treinta.

LIDA

¿Qué le parece? ¡Los que predicaban honradez!

CLAU.

En este mundo, es un hecho,
que, del viejo al mczalbete,
todos cantan de falsete,
ninguno canta de pecho.

LIDA

Desgraciadamente.

ESCENA XII

DON CLAUDIO, LIDA. DIEGO por foro, calle

DIEGO

Vengo a despedirme de ustedes.

CLAU.

¿A despedirse?

DIEGO

He visto que no estaba Felisa y entro a decirles adiós para siempre.

LIDA

¿Para siempre?

DIEGO

Sí.

LIDA

¿Cómo es eso?

DIEGO

Me marchó de España para no volver más.

CLAU.

¿Y a dónde vas a ir?

DIEGO

No sé; lejos, muy lejos, donde nadie me conozca, donde nadie sepa quien soy ni lo que fui. Adiós, Lida...

LIDA

Oiga usted, amigo mío; si en algo estima mi

amistad, espere un momento; se lo suplico.
Don Claudio; necesito hablar con Felisa.
CLAU. Perderá usted el tiempo.
LIDA ¿Quién sabe?
CLAU. Voy a decirle que salga. (Vase primera izquierda.)
LIDA (A Diego.) Usted, espere allí. (Derecha.)
DIEGO ¿Qué va usted a hacer?
LIDA Interceder por usted; yo le separé a usted de Felisa, y es justo que vuelva a reunirlos.
DIEGO Gracias, mi buena amiga, muchas gracias... (Vase derecha.)
CLAU. Ya sale.
LIDA Déjeme con ella.
CLAU. ¿Yo también estorbo? Vaya por Dios. (Vase derecha.)

ESCENA XIII

LIDA. Por izquierda FELISA

FEL. Dice don Claudio que desea usted hablar conmigo.
LIDA Sí; y fijese bien en lo que voy a decirle. He sabido que no quiere usted perdonar a Diego.
FEL. No, señora; no le perdono.
LIDA ¿Por qué no ha de perdonarle? Diego no es tan culpable como usted cree: los verdaderos culpables somos quienes pusimos empeño en hacerle cantante; en cambiar su vida de obrero por la de artista de ópera; vida que trastorna el entendimiento, vida que enloquece, y a la que usted misma le empujó con insistencia... ¿No fué así?
FEL. Es verdad.
LIDA Sea usted, pues, compasiva con el pobre Diego, y comprenda cual será su amor hacia usted cuando después de haber tratado infinidad de mujeres, a todas las ha olvidado por Felisa, por su primer amor.
FEL. ¿Usted cree?
LIDA En cuestiones de amor soy maestra. Recuerde cómo por una sola mirada comprendí que Diego y usted se amaban...
FEL. Sí, lo recuerdo.

LIDA Quedamos en que le perdona usted, ¿verdad?

FEL. Yo... yo no he dicho eso.

LIDA Pero yo lo adivino, porque el perdonar es propio de almas generosas y nobles... y usted es buena...

FEL. Muchas gracias.

LIDA Voy a llamarle.

FEL. ¿A Diego?

LIDA Sí.

FEL. Bien; como usted quiera.

LIDA ¡Diego!...

ESCENA ULTIMA

LIDA y FELISA. Por la primera derecha DIEGO y DON CLAUDIO

DIEGO Señora...

LIDA No lo ha perdido usted todo: le queda el cariño de Felisa que es verdadero porque ha sabido esperar.

DIEGO ¿Es verdad?

FEL. Sí, Diego.

DIEGO ¡Felisa! (Se reúne a ella.)

CLAU. (Aparte.) Me quedé sin mecanógrafa.

LIDA A ser felices.

DIEGO Muy felices, porque no ambicionaremos más que lo que yo gane con mi trabajo.

CLAU. Ahora puedes volver a predicar lo que predicabas antes de ser tenor.

DIEGO No, don Claudio, ahora predicaré el amor al prójimo y al trabajo.

LIDA Así debe predicarse, amigo Diego. (Le estrecha la mano.)

CLAU. Así, Diego, así. (Telón.)

OBRAS DE PABLO PARELLADA

Los asistentes, juguete en un acto

La cantina, sainete en un acto.

Las olivas, sainete en un acto.

El Regimiento de Lupión, comedia en cuatro actos.

El filósofo de Cuenca, comedia en tres actos.

El figón, juguete en un acto.

Los motes ó el gran sastre de Alcalá, sainete en un acto, en colaboración con D. Juan Colom.

La güelta é Quirico, juguete en un acto.

El teléfono, juguete en un acto.

El himno de Riego, episodio histórico en dos actos

La vocación, comedia en dos actos.

De Madrid á Alcalá, sainete en un acto y tres cuadros.

Tenorio modernista, remembrucia enoemática y jocunda en una película y tres lapsos.

Lance inevitable, juguete cómico en un acto y tres cuadros.

Caricaturas, pasatiempo en un acto y cinco cuadros.

El Maño, zarzuela en un acto en colaboración con don Gonzalo Cantó, música del maestro Barrera.

El celoso extremeño, zarzuela en un acto y tres cuadros, en colaboración con D. Gonzalo Cantó, música del maestro Barrera.

De pesca, diálogo en prosa.

El Gay Saber, sainete en un acto y tres cuadros, en colaboración con D. Alberto Casañal.

Los divorciados, opereta en tres actos, arreglada del alemán.

Mujeres vienesas, opereta en tres actos, arreglada del alemán.

Ienorio musical, humorada en un acto y cinco cuadros.

Repaso de examen, entremés.

Recepción académica, monólogo, en colaboración con D. Alberto Casañal.

Cambio de tren, monólogo, en colaboración con D. Alberto Casañal.

A la orillita del Ebro, traducción y arreglo del juguete en un acto «El Avi» de Apeles Mestres.

Los macarrones, juguete, género gran guignol, en un acto.

Il cavaliere di Narunkestunkesberg, ópera humorística en un prólogo y tres cuadros.

La justicia de Almodévar, sainete en un acto y en prosa, en colaboración con D. Alberto Casañal.

El gran filón, monólogo en prosa.

En un lugar de la Mancha, comedia en tres actos.

La tomadora, entremés en un acto, música del maestro Barrera.

Pelé y Melé, entremés en un acto y en prosa.

Colonia veraniega, comedia en tres actos y en prosa.

Mitin pro cocineras, *El idioma castellano*, *Las chimeneas*, monólogos.

¿Tienen razón las mujeres?, comedia en un prólogo y tres actos.

Secretos de la escena, monólogo.

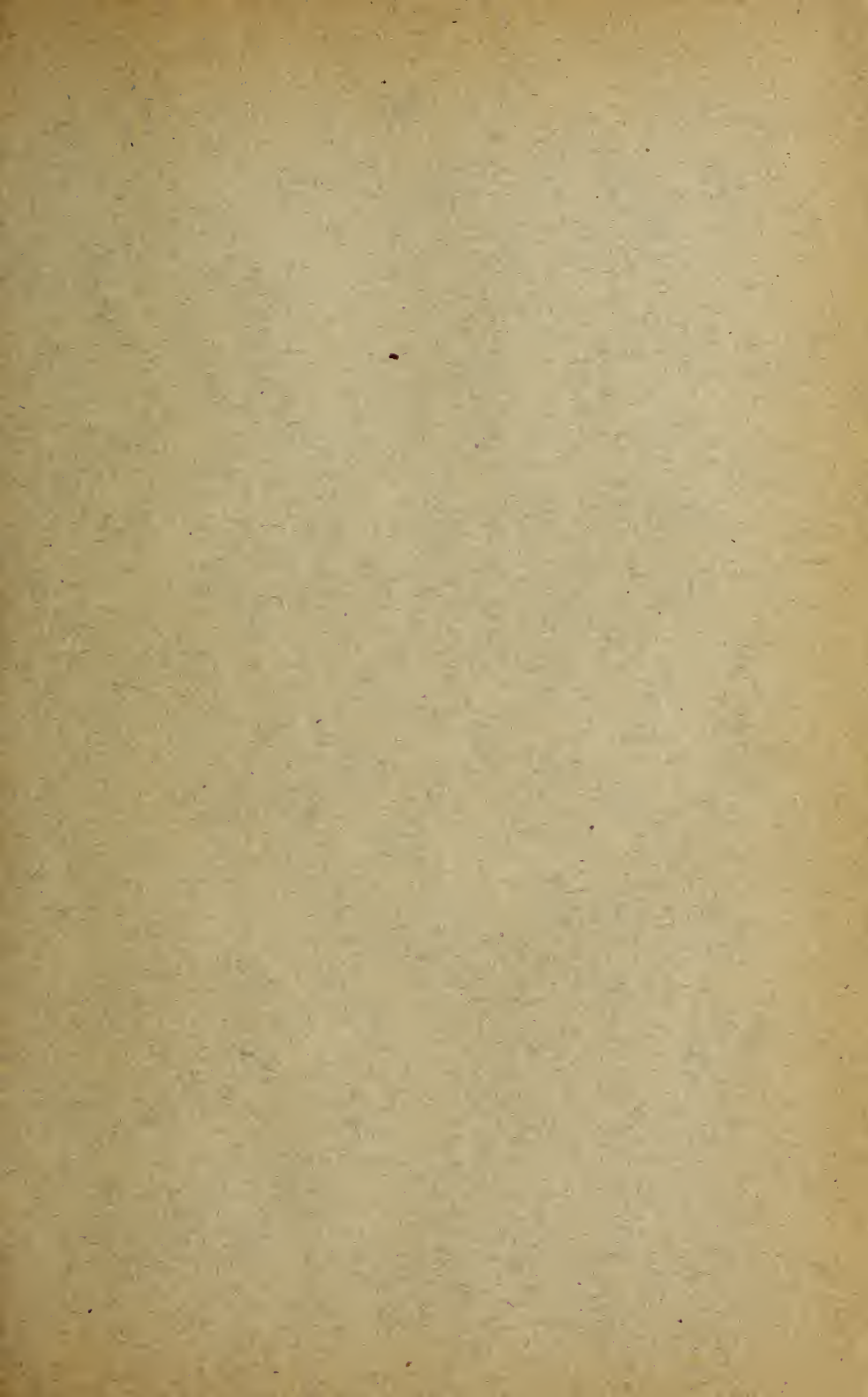
Solo de violón, monólogo.

Los de cuota, refundición de «El regimiento de Lupión».

Lo que hace el vino, entremés publicado en «Blanco y Negro».

¿Qué amigas tienes, Benita!, comedia en tres actos.

Así predicaba Diego, comedia en tres actos.



Precio: TRES pesetas